

MI ALARCÓN, DEL ALBA AL CREPÚSCULO¹

MY ALARCÓN, FROM DAWN TO DUSK.

Antonio LINAGE CONDE*

Fecha de terminación del trabajo: julio de 2006.

Fecha de aceptación por la revista: octubre de 2006.

RESUMEN

Una frontera más aún, y literariamente la más enjundiosa, entre el romanticismo y el realismo. Del alma romántica de Alarcón no nos parece posible dudar. Pero tampoco de la energía realista de sus novelas. Así las cosas, el dilema nos parece podría resolverse catalogándole como un romántico sin timideces ante la realidad. Entregado al romanticismo desde el conocimiento de ella, y no en el movedizo terreno de la huída de la misma. Lo cual en cierto sentido le haría paradójicamente más realista que algunos cultivadores de la novela naturalista que no veían en la realidad ese romanticismo que también hace parte de ella, aunque no de todos sus aspectos.

Palabras clave: Romanticismo; Realismo; *La Cuerda Granadina*.

Identificadores: Alarcón, Pedro Antonio de; Tárrago Mateos, Torcuato.

Topónimos: Guadix; Granada; Madrid; España.

Período: Siglo 19.

ABSTRACT

An even further frontier, and from a literary point of view a juicier one, between Romanticism and realism. Of Alarcon's Romantic soul there can be no doubting. Nor of the realist energy of his novels. This is the situation; the dilemma seems to be resolved by labelling him as a Romantic undaunted by realism. Dedicated to Romanticism from first awareness, and not via the shifting sands of escapism. Which, in a certain sense makes him, paradoxically, rather more realist than some proponents of the naturalistic novel who did not see in realism that Romanticism which is also a part of it, albeit not of all its aspects.

Keywords: Romanticism; Realism; *The Cuerda Granadina* (a literary circle).

Pointers: Alarcón, Pedro Antonio de; Tárrago Mateos, Torcuato.

Place names: Guadix; Granada; Madrid; Spain.

Coverage: 19th century.

* *Cronista de la Villa y Tierra de Sepúlveda, y correspondiente de las Academias de Córdoba, e Hispanoamericana de Cádiz.*

*Para la alpujarreña Adela Tarifa,
que tanto me ha enriquecido en los últimos años.*

Ni cedo a la cortesía ni busco halagar a mi auditorio si empiezo diciendo que el inmerecido honor que se me hace, de clausurar este sapiente curso guadijeño, es una página de mi vida que va a quedarse indeleblemente teñida de la policromía de los cuentos de hadas. Un curso revelador de la curiosidad de una población por su pasado, de su avidez por oírse a los cuatro vientos del espíritu.

Una población de Andalucía. Una ciudad catedralicia. Una ocasión de cabalgar por las esferas sin puertas de la novela en torno a un novelista hijo preclaro suyo. Volviendo los ojos a mi propio pasado, ya tan largo, cuando ha mucho que a las esperanzas de recuerdos han sucedido los recuerdos de esperanzas. Pero el trance por eso mismo consolatoriamente estimulante ante la evidencia de que algo de las esperanzas queda.

Tanto más de estimar por mi condición foránea. Aunque he dedicado a Andalucía muchas horas de mi vida, no soy andaluz sino de las viejas y ásperas tierras castellano-viejas de Sepúlveda. Traer a colación lo que nos une valiéndome de datos eruditos² —las gentes de mi pueblo en la repoblación de Sevilla, su presencia en algún que otro romance fronterizo, más cerca de nuestro tema la estancia en Sepúlveda del Duque de Rivas en sus mocedades militares— no vendría a cuento. Un personaje de quien muchos aquí todavía os acordaréis, el Mesonero Mayor de Castilla, Cándido, decía que nosotros los segovianos somos gentes del Norte, y que éste empezaba en Tres Casas. Es éste un pueblecito muy próximo a nuestra capital a propósito de lo que enseguida veremos de las urbes episcopales con la singularidad de haber pertenecido al abadiato *nuillius* de La Granja y no a la Diócesis segoviana. Mencionarle, en vez de a Segovia sencillamente, era más que una concesión la estima de un matiz. Pero por eso mismo de nuestra condición norteña, ningún septentrion puede ser para nosotros una tierra de promisión como el mediodía. Mas de esto, de mi rendimiento ante vuestra tierra andaluza me permitiré decir algo luego. De momento quiero postrarme ante esa fraternidad de la literatura que no conoce fronteras de tiempos ni espacios, y hoy nos reúne aquí en homenaje a un paisano vuestro que tanto la enriqueció y honró.

LA CUNA Y EL ABOLENGO.

“Nací el domingo 10 de marzo de 1833, a las cinco de la madrugada, en Guadix, callejón del Hospital Viejo, penúltima casa de la derecha, subiéndolo, número 4.”

Vino pues al mundo Alarcón en esta ciudad episcopal, especie de la que enseguida voy a seguir diciendo, y tenía raíces en ella:

“Fue mi padrino don José Duarte y Alarcón. Me pusieron Pedro-Antonio-Joaquín-Melitón. Cuarto hijo de los diez de don Pedro y doña Joaquina Ariza. De una noble y distinguida familia que perdió casi toda su fortuna en la guerra de la independencia, durante la cual mi abuelo paterno, regidor perpetuo de Guadix, vio confiscados sus bienes, fue preso en la Cárcel Alta de Granada y murió de resultas, todo por haberse opuesto a la entrada de los franceses en Guadix.”³

Notemos estar el personaje y su ascendencia inmediata en el ojo del huracán de la historia española. El sino de su abuelo es un ejemplo más de la labor destructora de aquellos años de invasión y de lucha que, a diferencia de las parejas de que otros países europeos fueron víctimas, dejó una huella más duradera por la desviación del esfuerzo y la falta de ayudas foráneas recuperadoras. La fecha de su nacimiento coincide con la muerte de Fernando VII, la más moderna que la historiografía puede señalar como la del fin en el país del Antiguo Régimen, remontando a 1809 la más antigua.

DE LAS CIUDADES EPISCOPALES.

Volviendo a esta ciudad, no creo haya necesidad de explayarse para reconocer la indubitada e indiscutible caracterización de Guadix como episcopal. Una ciudad episcopal muy antigua. Pero cuya vigencia nuestro personaje sintió siempre, la fortaleza de lo actual entroncando con la densidad de lo pretérito, su Catedral “gobernada por ilustres prelados y sabios cabildos”. Luego tendré que volver más extensamente sobre su valoración de esta identidad.

Empezando el novecientos, Unamuno acuñó su frase tan afortunadamente definitoria de “esas felices ciudades que tienen obispado y no tienen gobierno civil”. Tanto que se ha atribuido a otras plumas, que yo sepa José Pla, Agustín de Foxá, Antonio Pereira. Este escritor, de Villafranca del Bierzo, ha sido definido como erótico y diocesano, y ha confesado sentirse más súbdito del obispo de Astorga que del gobernador de León. Un cuento suyo, *Toque de obispo*, alude al supuesto juego ritual de silbidos de las locomotoras al entrar en una de esas estaciones. Se trataba en el caso concreto de Mondoñedo, aunque precisamente esta capital diocesana no tenga ferrocarril⁴.

Y me voy a permitir un interludio sobre las ciudades que están en el caso inverso, las que tienen gobierno civil pero carecen de obispado⁵.

LAS QUE NO LO SON.

Yo confieso que, no sólo el historiador sino cualquier espíritu sensible al pasado, en ellas se siente de vacaciones, un tanto ingrátido incluso. Mientras esperaba a ser recibida por el Patriarca de Lisboa, una periodista francesa que había solicitado esa audiencia para hacerle unas preguntas sobre un político al que pretendía biografar y había sido amigo de juventud de aquél, en una estancia tapizada de sedas viejas, entre un lujo nada más que aparente y la huella de un lujo pasado, declaró luego haberse estado acordando allí de todos sus pecados desde el día de la confirmación.

Sensaciones éstas para los de mi edad de acompañamiento inexorable hasta la postre hora. Por mucho que hayan cambiado los tiempos, las maneras, las formas. Hace poco oía yo al dignísimo Obispo de esta diócesis, don Juan García-Santa Cruz, calibrar las ventajas y los inconvenientes de las pequeñas. Entre las primeras se contaba conocer a la gente, tener siempre con quien hablar cuando se sale a la calle. Sólo voy a citar la frase de un dignatario romano que llegó a alcanzar mi tiempo, el cardenal decano Eugène Tisserant, formidable personaje que gobernaba las iglesias orientales unidas y cuya erudición le permitía rezar cada día de la semana el rosario en una lengua oriental distinta. En una recepción en la Embajada de Francia permanecía de pie, obligando a todos los demás invitados a mantenerse en la misma postura. Al sugerirle el embajador que se sentase, replicó la imposibilidad de hacerlo porque todas las sillas eran iguales.

En las ciudades donde hay funcionarios y no canónigos se tiene una alada sensación inversa, hasta uno creerse destinatario de alguna carnavalesca indulgencia. Pensemos en las costeras de uno y otro mar y en la balzaciana calma solemne de la provincia de las interiores, de Alicante y Castellón a Bilbao y San Sebastián pasando por Huelva y La Coruña, en Soria y Guadalajara sin olvidarnos de la modernidad de Albacete y la animación vinal de Logroño.

EN BUSCA DE LA DEFINICIÓN.

Pero, aun estando seguros de que Guadix lo es, podemos preguntarnos por los requisitos que una ciudad ha de tener para merecerse el epíteto de episcopal. Y eso que de ciudades episcopales ha habido por lo menos un congreso. Limitándonos al orbe católico. Fuera de él nos encontraríamos con panoramas diversos que harían el argumento intolerablemente complejo. En cuanto a las relaciones entre las de unas y otras confesiones, estamos enfocando la materia desde una óptica más bien histórica. Y es indudable que hasta hace poco tales contactos eran muy escasos y predominaba la hostilidad latente o abierta.

Pues bien, ateniéndonos al estricto Derecho Canónico serían ciudades episcopales todas las que son la sede de un obispo que rige la diócesis en torno. Así las cosas, no podríamos regatear esa caracterización a Washington, a Tokyo, a Bombay, a Berlín⁶. Océanos genuinos de potestades y vivencias en las cuales un pontífice católico es una gota de agua. Por eso es obvio que esta simplificación no nos sirve. Aunque sí sería un pintiparado ejercicio de geografía urbana, piedra de toque para el logro de una visión integral del fenómeno de la polis hodierna⁷, indagar si el plano en cada caso nos permite alguna caracterización en él como episcopal de un reducto reducido, sin llegar ni mucho menos a un barrio, aunque sí lo sea el del patriarcado ecuménico de Estambul. Podría no pasarse de una manzana. Nos bastaría con la catedral, por poco que se pareciese a las nuestras, la residencia episcopal, la sede de algunas obras. Raramente llegando a una impronta como en Nueva York la catedral de San Patricio.

A veces, en una misma ciudad, hay más de un obispado católico, por pertenecer a ritos distintos y ser de los uniatas los orientales. Circunstancia estimulante también al encuentro de la peculiaridad de ese pluralismo. Sin que hayamos de esperar demasiadas intromisiones de los unos en los otros. Por ejemplo, Atenas, es la sede de una diócesis latina, su feligresía de extranjeros residentes y de descendientes de genoveses que tomaron parte en las Cruzadas, y otra bizantina uniata, sin recursos y con muy pocos fieles, anegada por la preponderancia de la separada de Roma. Hay que tener presente que la geografía humana de las iglesias orientales no es compacta, entrecruzándose las unas con las otras. Así, en Beirut hay tres patriarcados católicos, el maronita, el bizantino melquita y el sirio. Y en Alejandría, con el patriarcado copto convive la jerarquía melquita también⁸.

Pero dejada esa sugerencia a los estudiosos de las ciudades, sigamos la indagación de la episcopalidad en nuestro ámbito latino y europeo, el español preferentemente. A simple vista hay diferencias entre ellas en cuanto a la impronta diocesana en la urbe, pongamos por caso entre Barcelona y Tarragona, Valladolid y Salamanca, incluso Viena y París, capital de Francia que sólo es metropolitana de 1622, habiendo pertenecido hasta entonces a la provincia eclesiástica de Sens.

Así las cosas, podríamos convenir en que son ciudades episcopales todas las que ya eran capitales diocesanas en la Edad Media, cuando por muchas diferencias que se dieran entre unas y otras, siempre la presencia pontifical implicaba una impronta profunda. Segorbe, pero también Segovia. Mas con la condición de excluir de la caracterización las que tengan otra abrumadoramente predominante, París mismo es un ejemplo difícil de discutir pese a Notre-Dame.

Y además de las medievales, las sedes más tardías, pero carentes de la equivalente capitalidad civil. Con lo cual volvemos a la frase unamuniana. Para

reconocer que, aun postulando esa extensión por mor del abolengo medieval, las que teniendo obispado no tienen gobierno civil son una especie dotada de personalidad típica, las de más sabor y colorido, las únicas a las que llama episcopales Antonio Pereira.

Como esta Guadix que es la de nuestro Alarcón. Un novelista, pero sensible a la historia, como su postura ante la ciudad natal y esa su condición específica nos demuestra. Dejemos dicho que, no lejos de aquí, también lo fue mientras mantuvo su abad secular exento de toda jurisdicción diocesana, esa Alcalá la Real que yo llevo siempre en mi corazón. Como en mi tierra el Sitio Real de San Ildefonso por su colegiata igualmente independiente de toda otra potestad ordinaria, tanto del Obispo de Segovia como del Patriarca de las Indias quien detentaba la jurisdicción eclesiástica palatina.

HISTORIA MITO, NOVELA.

Yo me atrevo a afirmar que tanto la novela como la historia responden a dos exigencias de nuestra especie.

La historia es el conocimiento de lo que fueron nuestros antepasados, de lo que ocurrió en los espacios concretos que son nuestra residencia en la tierra. Una curiosidad natural, innata. Que se explicaría sobre todo, si es que ello fuera preciso, porque el pasado no está incomunicado con el presente, no está muerto sino que vive una vida distinta, de alguna manera es presente también. En cambio yo no creo que la historia sea maestra de la vida, por muy bien que la frase se deje caer. Teniendo a la vista que en 1939 fueron movilizados para luchar en la misma guerra supervivientes que ya lo habían sido entre 1914 y 1918, el asentimiento a esa opinión no me es posible.

Claro está que la universalidad que yo postulo de esa inquietud por lo que fue antes de nuestra venida al mundo y primeros recuerdos inmediatos, es susceptible de manifestarse acuñada en formas muy diferentes. Del rigor erudito de las citas a pie de página comprobatorias de los datos y el bosque de signos de las ediciones críticas, al mito sustitutorio de la historia estricta, pero encarnando la misma función.

La otra necesidad es la de imaginarse una realidad diferente de la que se tiene a la vista y a uno le rodea, de lo que se está viviendo o se ha vivido ya. La de salirse de alguna manera intangible del imperio de la circunstancia material y sensible que nos encierra en su malla.

Y una y otra, historia y novela, lo que fue y lo que nos hemos inventado, se cuentan. Aunque ahora abundan los historiadores que han renegado de la índole narrativa de su menester. Yo le oí reivindicarla a uno tan moderno como Francisco Tomás y Valiente en una presentación de libro. El resto del aparato, lo que no se cuenta o no es susceptible de contarse, se queda en el ámbito meramente supletorio de la exposición.

Por eso me desagrada la novedad de la palabra narrativa para designar la novela. Porque la comparte con la historia, abarcando con las mismas creenciales tanto la realidad como la ficción. Este último vocablo, en curso en el mundo ánglico, me parece en cambio irreprochable.

Y por este camino, aunque sea accidental, no debemos perder de vista la autonomía a que el contar llega respecto de lo contado, y en los dos ámbitos de que nos estamos ocupando. Por eso muy feliz también esa otra expresión anglosajona del *story-telling*. Pues dar la razón a Benedetto Croce, por ser toda historia «historia contemporánea», no va en detrimento de la índole incólume de la veracidad y el acatamiento al imperio de los datos. Lo que sí nos entronca es con la naturalidad de la pasión de que empezamos diciendo.

ALARCÓN EN SU CIUDAD.

Ratificando la índole definitoria que para su ciudad natal tenía la condición episcopal⁹, Alarcón llamó a la Catedral “su alma y su vida”¹⁰. Fuera de ella estaban “la alcazaba árabe, río, huertas, vega, olivares, viñas, sierras, batallón provincial (hoy *depósito*), juez de ascenso, dos lápidas romanas y un alto relieve fenicio”.

Volviendo a la Catedral y pasando inmediatamente al plano individual, Alarcón sigue escribiendo: “En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dio idea del poder revelador de la arquitectura; allí oí la primera música, allí admiré los primeros cuadros”. Tengamos en cuenta que aquella liturgia era el compendio de todas las letras y las artes¹¹. En el marco se daban cita todas las plásticas. En las ceremonias se conjugaban la música y la literatura.

Aspecto ritual que el escritor aborda acto seguido:

“Allí también, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas del lujo, el tisú, el brocado de oro, la pedrería, ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de

los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad.”

Diferente pero que podía reducirse a un desarrollo del mismo, hasta el extremo de que, retrospectivamente, nuestro escritor llega a pensar que la tal evasión iba más allá de un presentimiento de lo que después gozaría estéticamente por el ancho mundo¹².

El profesor Baquero Goyanes pensó que esta memoria estaba retocada e idealizada. Opinión de la que yo me permito discrepar. Y es ni más ni menos que por un motivo autobiográfico. Pues yo tuve las mismas sensaciones que Alarcón en mi propia infancia, y eso que no las viví en una ciudad catedralicia¹³, sino en mi citado pueblo de Sepúlveda, donde el culto era el parroquial en tres iglesias; el calladamente conventual de unas religiosas enseñantes, las franciscanas de la Divina Pastora, y el del santuario de la patrona, la Virgen de la Peña. Una partida de descargo al mayordomo de la entonces parroquia de ésta, Juan de Asenjo, en las cuentas que rendía de Trinidad a Trinidad, de 1662 a 1663, compendia todo ese mundo. Es de cuarenta y siete reales y medio, cantidad en “que se montó más el damasco que se compró para las dalmáticas, además de los seiscientos reales que mandó don Francisco-Manuel de Peñaranda”¹⁴. Y otros sesenta y cuatro reales del coste de los sastres, entre otras cosas¹⁵, por el “adezeo de las dalmáticas viejas”. Las dalmáticas eran el ornamento del diácono y el subdiácono que asistían a la misa solemne, “de tres curas” en el lenguaje popular, en los viejos textos con asistencia de ministros, ministrada, diaconizada, de vestuario. Eso sí, yo viví aquellos esplendores a nuestra modesta medida, como un buen monaguillo. *Yo no he dejado de ser monaguillo* es el título de un libro del novelista policíaco Georges Simenon, que lo fue en el Hospital de Baviera de su ciudad natal de Lieja y cuando ya tenía trece años.

Lo cual ocurría en nuestra postguerra. Y a propósito de esta cronología tengo que hacer un cotejo con el pasado del antiguo régimen, anterior al despojo desamortizador que redujo drásticamente los medios de la Iglesia con la consiguiente repercusión en los esplendores culturales. En su novela *Ángel Guerra*, Galdós pone en boca de un clérigo de Toledo unas lamentaciones justificadas ante el contraste del personal y el calendario catedralicios de su tiempo y el inmediatamente antecesor. Creo que el monumento del Jueves Santo en la Catedral primada sólo se montó una vez, a raíz de aquella supresión, para que Alfonso XIII le viera. Y el maestro Hilarión Eslava se trasladó de Sevilla a Madrid por haber acordado el cabildo desamortizado al que pertenecía “la supresión total de la música”.

Sin embargo, aquella Iglesia y su culto estaban sobrecargados de patronatos, capellanías, fundaciones, memorias de misas, aniversarios, misas tes-

tamentales y de cuarta funeral... ¿Una masa de árboles tan tupidos no estaba llegando a oscurecer un tanto el bosque insondable de la misma liturgia?¹⁶ En mi caso concreto, teniendo yo presente el panorama que viví en esos años, para cotejarle con el exhumado en los libros de colecturía, de visitas de capellanías y de fábrica de aquellas mismas iglesias, no puedo retrospectivamente echar de menos el que antes ya había tramontado.

Aludiré también a que, ya cuando estaba dejando de ser joven, descubrí las liturgias orientales. Las cuales me sedujeron. Y a las que reconozco ser más espectaculares e incluso luminosas, sapientemente elevado a solemne lo reiterativo, usufructuando las posibilidades ambivalentes del iconostasio. Pero por eso mismo incapacitadas para poseer esa suprema apoteosis que a la liturgia latina le daba precisamente la consecución de la cumbre ritual dentro de la continencia. Por “la majestad del altar” se dieron algunas conversiones al catolicismo desde la ortodoxia eslava, sobre todo de mujeres jóvenes.

También Alarcón fue monaguillo, estando por añadidura obligado a ayudar a misa como seminarista según inmediatamente veremos. De ahí su complacencia en cooperar “a erigir el altar y adornar la nueva iglesia” al padre Sabatel en el Tetuán conquistado por las tropas españolas de las que él era corresponsal de guerra. Conservando memoria lo bastante pormenorizada de las inexorables prescripciones litúrgicas para notar con extrañeza algunas particularidades que se salían de ellas en la catedral de Milán. Hasta recordar de sus estudios que allí había un rito levemente distinto, el ambrosiano, más bien una variante del mismo rito latino. Y cual colofón a su propio entusiasmo al describir un jueves santo en la Alpujarra, apostilla: “Ya veis que todavía se me conoce que he sido seminarista”.

Y más abundoso el síntoma tipificador de los latines: Alberto, en *El final de «Norma»*, termina el párrafo de una conversación así: “Tristis est anima tua usque ad mortem!”, que hubiera yo dicho en mis tiempos de teólogo. Y en otra ocasión: “— Si nunca has estado enamorado, ¿cómo es que le temes al amor? ¿No sabes que nuestro santo padre san Agustín ha dicho: *Ignoti nulla cupido?* —Dímelo más claro, porque el latín...—Yo traduzco: «Lo que no se conoce no se teme»; pero el santo quiso decir que lo desconocido no se desea”¹⁷.

Viniéndonos ahora a las mientes otros escritores de ciudades episcopales. Desde luego que Álvaro Cunqueiro muy ligado a su Mondoñedo. Pero desde un interior, concretamente la rebotica paterna, para oír entre las pláticas propicias a la evasión de la fantasía, que se prestigiaban con la decoración de los tarros de la farmacopea, las campanas de la Catedral. Mosèn Jacinto Verdaguer nació en las inmediaciones de Vich. Pero su obra, desde esta óptica, más bien se nos aparecería como un desarrollo prodigioso de los ejercicios de improvisación y tono y tantos

y tantos otros del ámbito humanístico de los años seminarísticos de latinidad. Sin dar protagonismo expreso a su ciudad levítica ni a la Catedral de la misma.

¿Y qué decir de *Nuestro padre San Daniel* y *El obispo leproso* de Gabriel Miró? La protagonista es Oleza, la episcopal Orihuela. Y tanto las descripciones concretas como el marco ambiental llegan a una magistralidad que se extiende a la tipificación diocesana y catedralicia sin más. Pero, que no se nos tache de frivolidad si llamamos la atención a la circunstancia de que el autor no había nacido en Orihuela sino en Alicante, ciudad que precisamente antes citábamos entre las otras, las que teniendo gobierno civil no tienen obispado. Preguntado Thomas Mann si una novela suya, a la que había situado en una ciudad imaginaria, en realidad transcurría en la suya de Lübeck, contestó no concebir una novela que pasara en un pueblo distinto al de su novelista.

Y ahora me permito una evocación autobiográfica, mi descubrimiento de Alarcón, mi apropiación de su obra. Teniendo en cuenta la radicalidad de los cambios de la historia, del hombre, y en un plano más específico de nuestro argumento, de los libros y la lectura, desde entonces acá, no creo estar abusando si a lo personal llevo, en cuanto indicador de lo social en torno. Por otra parte, si es cierto que el empleo de la primera persona puede implicar vanidad, no tanto como su exclusión, engendrada a veces por el convencimiento de estar uno tan por encima de los otros que sólo la barrera de la tercera persona puede ser paliativo del descendimiento a dialogar con ellos. Y en cuanto a la objetividad del cambio, baste el dato de que ahora existen otros soportes distintos del libro para la cultura escrita. Lo cual implica una materia que se interpone entre la elaborada por el «escritor», en el sentido de autor material, no intelectual, del texto, y la que el lector tiene a la vista. Una diferencia pues más profunda que la llevada consigo por la imprenta, que únicamente reproducía mecánicamente aquélla haciendo innecesaria una confección nueva para cada ejemplar.

Por lo tanto las noticias de las bibliotecas de otrora cobran una valoración diferente, aunque a Dios gracias siga habiendo bibliotecas todavía. No hace mucho que se conmemoraba el centenario de la aviación, no demasiado esplendorosamente, acaso teniendo en cuenta la espesa sombra de los crímenes de la misma. Pero desde miles de años antes de Cristo el Hombre había soñado con volar, imitando a las aves. En cambio, al invento del mundo informático sería mucho más difícil buscarle anhelos o presagios ni siquiera mediatos.

Lo cierto es que la radicalidad de los cambios hace más valioso el testimonio de los supervivientes, por ordinario que sea. Yo recuerdo de mis tiempos de docencia, cuando invitaba a los alumnos a andar alguno de esos caminos, mi preocupación por no dar por sabido ningún elemento de la composición de lugar, por llevar aparejado el riesgo de la incomprensión del resto.

EN DOS BIBLIOTECAS.

Temprana nuestra postguerra, a la vez que a los esplendores de la liturgia como os he dicho, yo tuve acceso privilegiado a dos bibliotecas muy diferentes una de otra en ese mi pueblo castellano, de las cuales di noticia en el homenaje que *El Museo de Pontevedra* rindió a don José Filgueira Valverde a raíz de su fallecimiento. Una era la llamada «Popular», del Ayuntamiento, pero en su mayoría y en lo más valioso y característico procedente de una donación de la familia del primer Conde de Sepúlveda. Otra la del Círculo Republicano Radical Socialista, que se había disuelto ya durante la República y fue almacenada en el sótano de un comercio que había pertenecido a mi abuelo paterno.

El primer Conde de Sepúlveda y Vizconde de Nava de la Asunción fue Atanasio Oñate y Salinas. Administrador de La Granja primero, llegó a Inspector General de los Reales Palacios. Su padre José Oñate había llegado a Sepúlveda desde Saldaña como administrador de Rentas antes de la Guerra de la Independencia y entroncó matrimonialmente con una de las familias heráldicas de la Villa. Su nieto homónimo José, militar y diputado por el distrito, muerto prematuramente, era bibliófilo. Los Oñate habían acompañado a Isabel II al exilio y allí acopiaron hermosos libros franceses. Sus apellidos pasaron a ser Gil de Biedma por un enlace con un coronel de Guadix precisamente. La poesía de uno de sus vástagos, Jaime Gil de Biedma, es bien conocida y estimada. En esa biblioteca había libros típicamente palatinos —crónicas de viajes reales, sermones en la Real Capilla, ceremoniales para las bodas reales o principescas—, y se rendía tributo al arte de la encuadernación.

En aquella Sepúlveda, de vecindario reducido, con escasa industria y pocos braceros del campo, se había dado más el individualismo anarquista que el socialismo y su organización sindical. Radicalizadas a pesar de ello las posturas en la Segunda República, predominó un liderato muy individualista también¹⁸, que se acuñó en el partido político de que hemos dicho. Al constituirse se reunió, por donativos de los miembros, una biblioteca muy reveladora de las lecturas del lugar en los últimos lustros. Allí estaban, desde luego, los libros revolucionarios de la Biblioteca Sempere, pero el criterio de la acogida había sido tan amplio que tuvieron entrada un ejemplar bastante temprano del *Camino recto y seguro para llegar al cielo*, del padre Claret; una edición del siglo XVII de la *Mística ciudad de Dios* de sor María de Ágreda, la refutación del obispo Cámara al libro de Draper sobre los conflictos entre la religión y la ciencia, y la encíclica *De rerum novarum* de León XIII.

Mas el tesoro para mí más ilusionado e ilusionante era la abundancia de títulos de aquel que yo he llamado generoso diluvio de las colecciones de novela corta de entreguerras. Una fecundidad asombrosa, con la añadidura de la

hermana profusión gráfica de las portadas e ilustraciones. Ahora sólo los especialistas conocen las grandes series que aparecían la mayoría en Madrid. Pero hubo muchas otras, tales *La novela coruñesa*, *La novela ceutí*, *La novela de la modista*, *La novela del chófer*. Baste el dato de que en Puente Genil llegaron a publicarse dos de esas colecciones. Y dije de los especialistas. Alguno también encontró al azar ese filón. Así le he oído a José Carlos Mainar que en los reunidos por su padre, que era un comerciante de aceite.

Y bien, yo hice entonces un doble descubrimiento de Alarcón, en ambas bibliotecas diversas, y en cada una respondiendo a su propia índole. En la de procedencia condal, un ejemplar bien encuadernado del libro de viajes *De Madrid a Nápoles*. En la otra, en una de esas colecciones —*La Novela Corta*, la más sobria gráficamente, casi siempre sin ilustraciones y la portada sólo el retrato de cada escritor, muy poroso y áspero el papel, pequeños y a veces borrosos los caracteres de imprenta—, en esa colección la más modesta, *El amigo de la muerte*¹⁹, de cuyo argumento dijo el autor habérselo contado de niño su abuela paterna, “como me contó otros muchos cuentos de brujas, duendes, endemoniados”²⁰.



Del itinerario italiano del guadijeño recuerdo su censura de las condiciones políticas imperantes en los Estados Pontificios, aunque salvando la bondad y dignidad del papa Pío IX. En una representación teatral allí a la que Alarcón asistió, se servía un pollo en la escena. Era Cuaresma. La censura hizo cambiarle por un besugo.

Pero mucha más impresión me causó *El amigo de la muerte*. El desbordamiento de la fantasía de esa “narración inverosímil” me arrastró incondicionalmente. Sólo otra me dejó casi a la vez tanta huella, *La botella endemoniada* de Robert-Louis Stevenson²¹.

Eran mis primeros años de bachillerato. De ellos recuerdo entrañablemente que la literatura era una asignatura por la que sentíamos un cierto cariño. No era raro que unos a otros nos preguntáramos por las obras de un escritor o algún dato sobre su vida, incluso al margen de la aproximación acuciante de los exámenes. Tengo en la memoria la pregunta de un compañero, a qué peña literaria había pertenecido Alarcón²².

De entonces recuerdo el sugestivo libro de texto de Guillermo Díaz Plaja. Al cine le dedicaba un apartado despectivo, diciendo que sus logros de valía eran a cual más escasos si se le cotejaba con la gloriosa tradición literaria de la escena. Hoy esta opinión no tiene más valor que el representativo de una época.

Pero entonces el cine, por un lado estaba ejerciendo una influencia que llegaría a constante y decisiva, en la creación literaria, ello al margen de las adaptaciones cinematográficas de los frutos de ésta, y por otro, en esos días de los viajes difíciles y raros y de la ansiedad por salirse de las limitaciones del marco propio, desempeñaba la misma función, en los confinados a este lado del horizonte geográfico de cada uno, que para Alarcón supuso escribir *El final de «Norma»*.

Yo tengo que citar, para completar esta evocación de mi visión inicial del mundo alarconiano, la película de Rafael Gil²³, *El clavo*, la cual supo alcanzar una dignidad ajena a los convencionalismos abrumadores a los que muchas coetáneas rendían tributo. La música era de Juan Quintero, y sus protagonistas Amparito Rivelles y Rafael Durán. Fernando Lázaro en una de sus magistrales críticas teatrales dijo que todos estuvimos enamorados de aquella protagonista. Se estrenó el film en 1946.

LA MAGIA DE ANDALUCÍA.

Allí, en el Instituto de Segovia, hubo el proyecto, al fin frustrado, de hacer una excursión a Granada, Córdoba y Sevilla. Recuerdo del catedrático de literatura, don Ángel Revilla Marcos, un salmantino discípulo de Unamuno y biógrafo de Gabriel y Galán, que al comentárnoslo nos dijo veríamos en la naturaleza algo que ni siquiera sospechábamos.

Pero habían de pasar unos años más hasta que por fin hice mi primer viaje andaluz, a esas mismas ciudades precisamente, pero en la semana santa. Enamorándome profundamente de Sevilla. Y de sus procesiones, sin los prejuicios de algunos paisanos míos que ponen alguna barrera ante el desbordamiento exteriorizado de la pasión y el entusiasmo. Una salvedad que yo estimo un tanto

superficial, pues la vistosidad y la complacencia en las manifestaciones sensibles es algo insito a los desfiles procesionales, aun susceptible de la entrega a unos u otros estilos. Su negación sólo es sincera por parte de quienes se limitan a su exclusivo cumplimiento litúrgico en el interior de los templos, saliendo lo más a los claustros, y mejor aún en las sensibilidades incompatibles con las procesiones mismas, ahí está el mundo protestante.

Y bien, a estas alturas, sin detrimento de aquel fervor que me infundió Sevilla, me siento enriquecido al estar en posesión de una entrega apasionada a otras ciudades, otros pueblos, otros rincones andaluces, menos esplendentes a primera vista que la gran ciudad del Guadalquivir, pero de una insospechada profundidad cuando en ellos se ahonda. Por eso me encuentro tan feliz en esta ciudad episcopal.

MEDIODÍA Y SEPTENTRIÓN.

Corriendo mis años salmantinos, comentaba yo una vez con mi amigo el catedrático de literatura Alberto Navarro González, esa predilección andaluza en mí compatible con una atracción por los países del Norte, hija sobre todo de la densidad literaria de éstos, en buena parte creada desde una óptica generosamente imaginativa. Entonces él me señaló como equivalente el ejemplo de Alarcón y su obra.

Una aproximación pareja fue la que posteriormente, enlutada España por el despojo del Noventa y Ocho, hizo Rubén Darío en su *Salutación al rey Oscar*, a saber:

*“Allá surge Sigurd que al Cid se aúna,
cerca de Dulcinea brilla el rayo de luna
y la musa de Bécquer del ensueño es esclava
bajo un celeste palio de luz escandinava.”*

A este propósito se me viene a las mientes, de un viaje que llevado de esa atracción hice, a las islas Feroes, el pequeño país autor de la inmensa saga recogida en el *Corpus Carminum Faeroensium*, y a Islandia. Conocí al premio nobel islandés, Háldor Laxness. Yo le sugerí mi impresión de estar la creación artística favorecida allí por la nebulosidad y la introspección forzada. Él no estuvo de acuerdo. Dijo que el fenómeno en sí era universal, y en la práctica brotaba en cualquier parte y sin depender de las circunstancias del ambiente.

«NORMA», DE SEVILLA AL NORTE LEJANO.

Nos dice Alarcón que en su Guadix natal, entre los diez y los diez y nueve años, escribió sus primeras obras. De los quince es el que llamó su “primer trabajo literario en prosa”, un relato histórico, el *Descubrimiento y paso del Cabo de Buena Esperanza*, que nos interesa en cuanto revelador de su temprana inquietud viajera²⁴. De dos o tres más tarde es su primera novela *El final de «Norma»*. Unos cinco años después, estando retirado en Segovia, escribió otra versión. Posteriormente volvió por los fueros de la primera. Pero estos detalles no nos interesan demasiado, ni siquiera su complicidad autocrítica en las censuras despiadadas de que fue blanco.

Más interesante nos parece la circunstancia de haber estado esa ansiedad ambulatoria²⁵ en la génesis de esta obra, nacida la novela de la angustia de pensar el autor que nunca traspasaría su prisión del círculo de cerros que rodeaba su ciudad estacionaria, cuando sólo conocía el mundo por mapas y libros, pero eso sí, era aficionadísimo a la geografía²⁶. Su proyecto era escribir una novela dotada de unidad con el título de *Los cuatro puntos cardinales*. De la que sólo llegó a escribir esta primera parte, para la que había preferido el Norte. A su etapa de viajero en la realidad, ya sabemos que rindió su tributo literario en España, más o menos cerca de su tierra granadina, y fuera de ella.

De esta primera novela, no perdamos de vista el título. El profesor Valbuena Prat señaló “sus relaciones constantes con la técnica musical, aun con asomos de ironía”. Estaba pensando en el capítulo referente a una tempestad a bordo, titulado *El mar es un contrabajo*. Porque el fragor de tal tormenta acompañaba el canto de la diva protagonista. Otros son *La elocuencia de un violín*, *Cuarteto de celosos*, *Donde se prueba que todo violín debe tener su correspondiente caja*.

A este propósito, queremos atraer la atención hacia esta generosidad tituladora de Alarcón. Esta manera, si se contrapone a la mera designación por números, romanos o árabes²⁷, ¿implica unas mayores dotes imaginativas? No nos atrevemos a asegurarlo así. Pero sí postulamos sin ambages el tal epíteto de generoso. Unido a menudo a una nota más específica, que es la propensión a establecer un cierto diálogo entre autor y lector, en la novela que nos está ocupando muy a la vista, sin timideces en la comparecencia continua de la voz del narrador. *El autor y el lector viajan gratis*, es el primero, una travesía marítima que dura catorce horas de Cádiz a Sevilla, en «El Rápido», paquete de vapor. Otros ejemplos, *Aventuras del sobrino de un canónigo*, *De cómo un vino puso claro lo que otro vino puso turbio*. Retrospectivamente nos da qué meditar *Brunilda y Serafín vuelan juntos*. No estaba pensando Alarcón en la aviación que llegaría. Lo paradójico es que ahora que se ha hecho tan común ha llegado a ser un tópico, y no carente de fundamento, la índole poco poética de los aviones y

sus viajes. Pero este inciso se prestaría a un desmesurado desarrollo de difíciles conclusiones y cruces de puntos de vista. Y al fin y al cabo, la literatura del vuelo de Antoine de Saint-Exupéry nos ha quedado para siempre.

“¡Cuánto he corrido!²⁸— dice uno de los dos amigos, Alberto, al principio. — Cuando menos he visto ya dos terceras partes del mundo. He estado en América, en Egipto, en Grecia, en la India, en Alemania... [...] ¿Me he derretido acaso en el desierto de Barca, donde he vivido quince días? ¿Me he frito en el Ecuador, en la península de Malaca? ¡Yo soy de hierro! Me he propuesto gastar mi vida y mi dinero en ver todo el mundo, y lo he de conseguir, Dios mediante. [...] Mañana me voy a Cádiz, llego, entro en un bergantín sueco que fondeó allí hace cuatro días, si no mienten los periódicos, y sale pasado mañana para Laponia, y ¡al Norte! Luego que estemos en Laponia, que será a mediados de mayo, paso a bordo del primer groenlandero que vaya a Spitzberg a la pesca de la ballena. Una vez en Spitzberg puedo decir que he avanzado hacia el polo tanto como el más atrevido navegante.”

Mientras que el violinista vascongado Serafín se dispone a partir para Italia, “la patria de la música, la región donde todos se inspiran, donde todos cantan”. De manera que “en Cádiz nos separaremos, tú con dirección al Mediodía, y yo con rumbo al Norte... y por tanto, nos encontraremos en los antípodas, en el estrecho de Cook”.

En tanto que que Brunilda, la cantante protagonista, había estado “en Cristianía, Stocolmo [sic], Copenhague, Londres, París, Viena, Venecia, Lisboa y Sevilla”²⁹, donde Serafín y su amigo la conocieron y se enamoraron ambos sin más que verla en el escenario ni saber nada de su vida y condición. Correspondiendo ella, si bien a sólo uno, de la misma manera fulminante.

No es pues de extrañar que, a lo largo de la novela, se explaye en la teoría y en la práctica la teórica y la práctica del amor platónico. Al que por cierto en el idioma que hoy entre nosotros corre se le ha despojado de un epíteto que le convenía y venía siendo suyo, “sentimental”, ahora identificado con el sexual o carnal que antes más era definitorio suyo. ¿Acaso se da por supuesto que ese sentimiento ya no existe? Pero para la necesidad de tener su vocabulario bastaría con que en el planeta hubiese un solo caso suyo. Y acaso de los consultorios psiquiátricos ahora tan concurridos no esté del todo ausente.

Brunilda, hija del *jarl* Adolfo-Juan de Silly, caballero de la Orden de Carlos XII, el primer revolucionario nacionalista de su patria noruega, ha pasado la juventud en la clausura del castillo de Silly, al extremo septentrional del país entonces sometido a Suecia, no muy lejos de Hammesfret. Pero su preceptor, un viejo sabio danés amigo de su padre, Carlos Yo, “no sólo había recorrido la Eu-

ropa, sino que había estado en Egipto con Napoleón, en América con Lafayette, y en Madagascar desterrado”. A su lado, nació también en la joven «el deseo de viajar y el afán por visitar el Mediodía, aquel edén primaveral que me pintaba mi maestro, aquella Italia, aquella Grecia, aquella España, cunas de todos los grandes artistas y poetas que él adoraba y me enseñó a adorar”. Fijémonos en esta atracción por el Sur desde el Norte, correlativa y sólo aparentemente inversa a la que el jovencísimo escritor guadijeño estaba sintiendo hacia el Septentrión.

Pero entonces, además, Brunilda descubrió, un único remedio a su horrible melancolía, nada más que uno, pero que equivalía a todo un mundo, al mismo cielo, la música: “Haydn, Mozart, Cimarosa, Pergolesi, Rossini, Meyerbeer, Schubert, Weber, Bellini, Donizetti... ¡Todos, Serafín! Todos nuestros soberanos, todos nuestros semidiosos encantaron con sus armonías aquel castillo lúgubre y pavoroso”. Su despertar al amor tuvo lugar al ver, al pie del castillo, “mecerse sobre las aguas una especie de góndola, tripulada por dos remeros y por un joven que, sentado en la popa, tenía entre sus brazos un arpa escandinava [...] sobre su túnica el gracioso perfil de un arpa negra con remates de oro”.

En cuanto a Serafín, inmediatamente antes de caer en la pasión por Brunilda, cuyo nombre entonces ignoraba, y a la que se llamaba entre los melómanos que, un poco misteriosamente, la oían, *La Hija del Cielo*, se desahogaba:

“Yo estuve enamorado... allá... cuando todos los hombres somos ángeles. Había leído dos o tres novelas del vizconde D’Arlincourt, y me empeñé en encontrar alguna Isolina, alguna Yola. Y, ¿sabes lo que encontré? Vanidad, mentira o materialismo y prosa. Entonces tomé el violín, y me dediqué exclusivamente a la música. Hoy vivo enamorado de la Julieta de Bellini, de la Linda de Donizetti, de Desdémona, de Lucía.”

La Hija del Cielo, que sólo cantaba muy raras veces, y siempre por pura afición y a beneficio de los pobres, había cantado en Lisboa *La Sonámbula*, *Beatrice* y *Lucía*. En Sevilla, *Lucrecia*, donde Alberto se enamoró. Para su interpretación allí de *Norma*, Serafín también enamorado ya, se las arregló para acompañarla con su violín. Unos decían que era una princesa escandinava, y otros una nieta de Beethoven.

En el Teatro Principal, “aquella voz, cuyo timbre nunca había oído ni esperado oír de garganta humana y su talle, donde florecían todas las gracias de la juventud, el ropaje de Norma y la nube de armonía que la rodeaba, completando su figura celestial, purísima, fascinadora, de una belleza ideal, indefinible, como las que persigue la poesía alemana entre las brumas del Norte, a la luz de la luna; una figura suave, blanca, luminosa, como un ángel descendido del cielo”.

Correspondiendo al título, el final de la ópera³⁰ es el sello del enamoramiento del violinista:

“La Hija del Cielo comprendía demasiado todas las bellezas de aquellos últimos cantos de Norma, en que el amor a un hombre se sobrepone al amor a la vida, al amor maternal, a todo sentimiento humano... y así fue que elevándose a una inspiración verdaderamente sublime, hizo sentir al público dolores y delicias inexplicables”.

Luego, navegando en el «Leviathan» rumbo al Norte, yendo Brunilda y Serafín en el mismo barco, aunque con muy escasas posibilidades de comunicarse, al principio de la travesía sin estar siquiera seguros de la coincidencia, oída furtivamente la diva, “de pronto, en medio de aquel sublime verso ‘Del sangue tuo pietà!’ calló bruscamente la voz de *La Hija del Cielo* [pues él seguía sin saber su nombre, no creyéndose como le habían tratado de engañar, era el de Jacoba, e inglesa su nacionalidad], como si un terror repentino hubiera sorprendido a la joven”. Más adelante, al fin, al menos vista en su aposento, “de espaldas a la puerta, sentada ante el piano, cantando estas sublimes palabras: ‘Cual cor tradisti, / cual cor perdesti / quest’a ora orrenda / ti manifesti’”. Y sin que la felicidad hubiera llegado todavía, al contrario, creyéndola vedada para siempre, ella “apoyada una mano sobre el hombro suyo, elevada sobre él [que tocaba el piano], inundándolo de luz, de amor, de poesía, envolviéndolo en su voz, en su ademán, en su aliento, en su dulce calor, en el aroma que se desprendía de ella, profería aquellas sentidísimas frases: ‘So terra ancora / sarò con te’”.

Hasta llegar la inesperada conclusión feliz: “Es el 15 de abril, aniversario de aquella noche en que cantó Brunilda la Norma y Serafín tocó la parte de concertino y juntamente dirigió la orquesta. Han dado las diez y media de la noche. El público del teatro Principal de Sevilla está oyendo el final de Norma. Lo canta *La Hija del Cielo*. Serafín la acompaña como un año antes”. En el intermedio agitados eventos y estancias dolientes en el hotel del Oso Blanco de Hammesfret y en el castillo de Silly.

Como ya nos hemos podido dar cuenta, la trama de esta novela es una urdimbre de casualidades difícilmente creíbles³¹, requerido su desarrollo de una entrega generosa al convencionalismo. Se desarrolla en la actualidad del autor. Entre dos amigos que viven en Andalucía. Sus viajes al Norte tienen lugar en buques que salían de aquellos puertos andaluces. Y en los cuales regresan.

Por lo tanto no podemos aplicarla el juicio que sería de recibo en una literatura radicalmente fantástica, cual la de *Las mil y una noches*. Y *El amigo de la muerte*, que antes citamos. Pues en la primera parte de esta novela corta hay un elemento que de entrada está fuera de la realidad, y es la personificación de la muerte y su visibilidad y la comunicación de sus decisiones al personaje del

título. Irreprochable por lo tanto en ese aspecto la carencia de realismo, de verosimilitud incluso, expresada ésta por el título de conjunto que el propio autor la dio y a otras de su género, «narraciones inverosímiles». En la segunda parte se descubre que todo ha sido un sueño de ultratumba.

Siendo en cambio el punto débil de *El final de «Norma»*, su dependencia de la realidad, trabado el novelista para escamotearla.. Porque si la fantasía se puede mezclar con ella, y al fin y al cabo algo de esto ha de haber en toda literatura imaginativa, hay que respetar la realidad en su ámbito propio³². Mas no nos olvidemos de que el mismo caso es nada menos que el de Cervantes en su novela también de escenario septentrional, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, los de Periandro y Auristela también, y ya es elocuente esta duplicidad de nombres hasta llegar a la anagnórisis.

También se achaca a este primer Alarcón la falta de consistencia de su descripción de los lugares³³ exóticos, que desde luego él no había visto. Mas no podemos preterir el dato de que tampoco la hay excesiva, ni mucho menos, en los andaluces donde una parte se desarrolla, concretamente el principio y el fin. Y es que la manera por la que optó no era exigente de tal densidad, lo cual no quiere decir no pueda llegar al defecto. Yo personalmente le he estimado tal en las que por eso mismo Unamuno quiso llamar *nivolos*, por muy alejadas que se encuentren de la que nos está ocupando, con unos personajes de imponentes y no regateadas complejidades psicológicas, hasta el abismo.

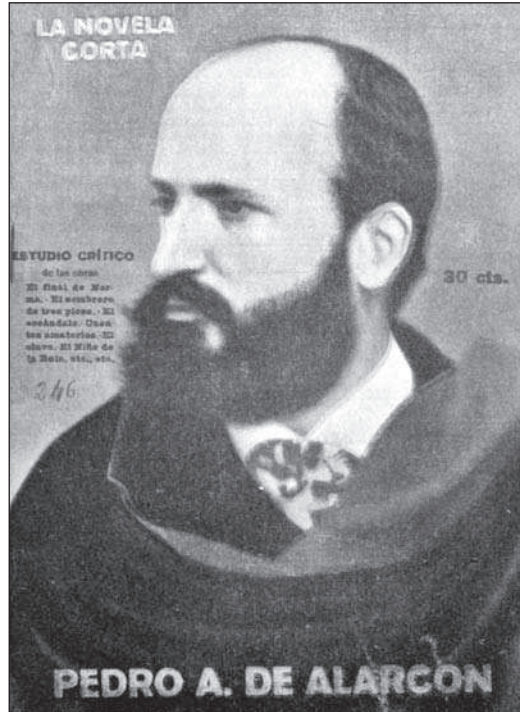
Ahora bien, que el guadijeño se pasase algo en tal esfera, no justifica la crítica despiadada a que se le ha sometido, como la de la Pardo Bazán..., y hasta la suya propia según apuntamos y en lo que no vamos a detenemos. En este sentido es revelador otro de los números de *La Novela Corta*, uno³⁴ que, ocurría a veces, no es novela. Se trata de un juicio crítico de las obras de Alarcón escrito por Andrés González Blanco. Donde ése le critica sin más "la fantasía desbocada, echando a correr a campo traviesa". Es innegable que se le ha visto el plumero. Lo cual se prestaría a unas reflexiones necesitadas de un desarrollo que no es de este lugar ni acaso de nuestra competencia.

Y es que la imaginación no es precisamente el valor más común en nuestras letras. Por lo cual el novelista de Guadix no deja de tener algo de excepcional, aunque por estos caminos hay que guardarse mucho de exagerar. Digamos de paso que no faltan quienes estiman no es posible establecer caracteres distintivos de ninguna literatura, en aras de la índole individual de cada labor creadora, por encima de las geografías y las patrias. Pero esa parsimonia de lo fantástico es de una abrumadora evidencia en nuestra poesía épica, por otra parte poco abundante, en contraste con la de la vecina Francia. Sin embargo, don Ramón Menéndez Pidal, se deshace en elogios del *Poema del Cid*, precisamente por su alicortamiento

realista, alegando incluso la posibilidad de su aprovechamiento como fuente de la historia, algo que para una epopeya sólo puede significar una censura.

Del estilo de *El final de «Norma»* dice el mismo González Blanco ser “muy de los novelones de la época”, concretamente de los novelistas por entregas, a alguno de los cuales tendremos luego que mencionar a propósito de los primeros años alarconianos. Y señala la coincidencia de la aparición de aquella primera novela con otras de Enrique Pérez Escrich y de Ramón Ortega y Frías³⁵, éste granadino precisamente. Pero hay que tener en cuenta que procedimientos, situaciones y hasta tópicos de la novela por entregas, emplearon los mejores novelistas, tales Galdós, Balzac, Víctor Hugo muy generosamente, Baroja. Y la apostilla de Chesterton, al ocuparse de Dickens, a propósito del supuesto “mal gusto del pueblo”, que no hay tal, sino que el pueblo lo que tiene es preferencia por ciertos géneros, pero dentro de ellos sabe distinguir quiénes son los mejores.

Yo oí el primer acto de *Norma*, cantado en Roma por Marías Callas. Y digo que el primer acto porque en aquella gran gala de Año Nuevo, a la que asistía, era en 1958, el Presidente de la República, la diva se negó a continuar. Se especuló mucho en torno a ese escándalo. Desde un supuesto daño a sus cuerdas vocales por la escasez de la calefacción del teatro hasta su disgusto por la acogida del público. Mientras cantaba se habían efectivamente abierto paso unos discretos cuchicheos, tales “un millón, un millón”, alusivos naturalmente a sus honorarios. Otros decían “Bellini, no Callas”. Pues bien, yo siempre que vuelvo sobre *El final de «Norma»*, no me siento animado a tararear “Bellini, no Alarcón”. Y aprovecho la ocasión para recordar la propuesta de Valbuena Prat³⁶, de que toda la novela es “un solo de violín, y la posibilidad de asunto para un film actual acompañado de música romántica³⁷: una *casta diva* en tierras sevillanas”. Así como, a propósito de la coincidencia cervantina antes dicha, que Cervantes dijo preferir su novela boreal al *Quijote*, a pesar de que el *Persiles* tampoco se pasa de rigurosidad en el acatamiento a la realidad probable de la trama.



Mas debemos volver al autor en su ciudad episcopal y en la Granada ale-
daña. Una ojeada a esos primeros años decisivos, sin más que una leve puesta
en relación suya de la obra posterior y sus líneas de fuerza, será bastante para
nuestro abuso de la paciencia del auditorio.

EL PRESUNTO GRAN LITERATO DE ESTA TIERRA.

Del Alarcón de sus años en la ciudad natal, tal y como en la realidad íntima
era y tal y como sus paisanos le veían, se ha convenido³⁸ responder al Don Pe-
pito de *El niño de la bola*, a saber “el presunto gran literato de aquella tierra, y la
verdad sea dicha, mostraba algunas condiciones para ello. Dábale por escribir
tragedias románticas: Víctor Hugo era su ídolo. Ya había devorado todos los
libros del pueblo, que ascendían a millares de volúmenes, procedentes de los
extinguidos conventos de frailes, y de la biblioteca de un sabio deán, muy aman-
te de las letras profanas, que acababa de pasar a mejor vida”³⁹.

Sin embargo, nos faltan datos para ser muy precisos en esta etapa. Re-
cordemos que para ella y todas las demás, se ha dicho de nuestro personaje
con razón haber tenido poca prensa y mala. Apenas contamos con más re-
ferencias que unos apuntes del protagonista. Sabemos que a los dos años
estuvo privado de la vista, y que sus primeros estudios, se extendieron desde
los tres a los once. Entonces, 1844, había terminado la gramática latina. Qui-
zás en alguna preceptoría o escuela particular como abundaban, entre las
polarizadas a la preparación para el seminario y las más abiertas al porvenir
profano, si bien en el caso de Guadix, sede del seminario mismo, hay que
tener cuidado de no suponer lo que en los lugares carentes de él estaba más
puesto en razón.

Siguieron tres años de estudios de filosofía, ya en el seminario, hay que
entender que externo, con un sabio franciscano exclaustrado. Así, en 1847, a
los catorce años, era bachiller, y se fue a estudiar leyes a Granada, teniendo
que regresar enseguida por la penuria económica familiar. Y, única solución,
volver al seminario, aun falto de vocación eclesiástica. No nos detenemos en
comentar este panorama sociológico, de sobra sabido, aunque al enfrentarse
con cada caso haya que evitar las simplificaciones. Esos años se prolongaron
hasta 1853, cuando él tenía ya veinte, y dejó Guadix. Conviene echarlos una
ojeada.

AQUELLA «RATIO STUDIORUM».

La formación humanística de aquellos seminarios, en vigor durante toda la primera mitad del siglo XX, era más sólida y amplia de lo que se suele pensar. La mejor prueba ha estado en la facilidad de encontrar medios de vida asentados en ella de bastantes de los clérigos que en la segunda dejaron la Iglesia. Me consta que la Facultad de Lenguas Clásicas que ahora hay en Vitoria se nutre de la biblioteca de su antiguo seminario.

Se llamaban esos centros conciliares, por responder al imperativo del Concilio de Trento. Hay que reconocer que la disciplina del mismo resultaba eficaz, y me estoy refiriendo exclusivamente a los aspectos intelectuales. Sus estudiantes se dividían, por las tres etapas de la carrera, en latinos, filósofos y teólogos. La formación latina debía ser bastante para permitirlos seguir en latín los textos y las clases de las dos siguientes.

A este propósito del latín, algo esencial y básico en aquella concepción, que iba mucho más allá del aprendizaje de esta lengua, hay que hacer algunas precisiones. El latín que allí se estudiaba, dejando aparte la metodología, era el clásico. Pero el dominio de éste era exigido con vistas a la práctica, pasiva en la mayoría, en una pequeña minoría activa, del latín eclesiástico. El cual, y esto es paradójico, como tal lengua, se despreciaba, sin que por eso se considerara digno de su aprendizaje teórico. Ese latín eclesiástico era el bíblico, patristico y medieval. En él estaban los textos de la liturgia. Junto al mismo se cultivaba también, por esa minoría de que decimos, el humanístico, que había penetrado en la liturgia a través de algunos textos tardíos de nuevas fiestas, representando por cierto una intrusión pedante, ello consecuencia de ese anómalo menosprecio que apuntamos. Curiosamente, la revalorización del latín eclesiástico vino en el siglo XX de algunas escuelas de humanistas seculares, una de ellas la de Upsala, enclavada en un país donde hacía siglos que el catolicismo era desconocido.

Ahora bien, el dominio del latín⁴⁰, bastante en el peor de los casos para el manejo de dichos textos litúrgicos, sobre todo los del breviario, obligatorio diariamente para todos los clérigos, y el misal, en la práctica también cotidiano⁴¹, era una vertiente de cultura literaria y aliento poético de una impronta inexorablemente profunda, pese a la habituación y el riesgo que se expresa en ese aforismo de *consueta vilescunt*. Y decimos aliento poético en cuanto los textos escriturarios estaban traducidos al latín del hebreo, por cierto en una versión que mantenía de una manera sorprendente la inspiración del original semítico.

Para valorar la significación de este elemento humanístico en aquellas vidas levíticas, hay que reflexionar en torno a la caracterización filológica que se ha hecho de aquel latín suyo desde la propia óptica de su manejo por los tales.

Aqué, aunque se haya dicho alguna vez metafóricamente ser la lengua materna de la Iglesia, no podía equivaler a tal, en cuanto nadie le aprendía de su madre para su vida de relación cotidiana. Sin embargo tampoco era una lengua muerta. Se ha tipificado como una *Kultursprache*. Lo que quiere decir viviente en cierto ámbito.

Volviendo a Alarcón, el profesor Baquero escribe que “sus experiencias como seminarista dejaron alguna huella en su vida y en su obra. Justamente en *El escándalo* son bastantes los momentos en que su saber teológico y escolástico allí adquirido tiene ocasión de manifestarse, en no pocas páginas de muy *sui generis* catequesis⁴², por boca del padre Manrique y de Lázaro, fundamentalmente”⁴³.

Estando en el seminario, a los quince años más o menos, escribió algunas piezas de teatro que fueron representadas por aficionados, y no se conservan, a saber *La constancia de una esposa*, *Una lección a los viejos enamorados*, y *El día de San Lorenzo*.

LAS PRIMERAS SALIDAS.

Mientras tanto se relacionaba con un novelista por entregas que vivía en el mismo Guadix, Torcuato Tárrago y Mateos, de mucha actividad editorial y literaria aparte su dedicación al género. Tárrago estaba por su parte en relaciones con un personaje de Cádiz abundoso de medios y aficionado a la literatura, al que convenció para que fundara una revista, *El Eco de Occidente*, “semanario de literatura, ciencias y artes”, comprometiéndose a enviar desde Guadix los materiales bastantes para su subsistencia. Allí Alarcón publicó y cobró sus primeros escritos⁴⁴.

Ello fue bastante para animarle a dejar la ciudad episcopal, de donde salió concretamente el día 18 de enero de 1853, por lo tanto cuando aún le faltaba algo para cumplir los veinte, y en contra de los consejos de sus padres. Iniciándose una etapa breve de estancia en varias ciudades andaluzas, que nos dicen los biógrafos, con una falta de precisión irritante, y la primera escapada a Madrid.

Mas esas estancias hubieron de ser muy breves, más bien visitas parece, de manera que, aparte la gaditana, ya director Alarcón de *El Eco de Occidente*, sólo la madrileña, también corta pero muy decisiva para el porvenir literario del guadijeño, y la granadina que siguió hasta su marcha definitiva sin tardar mucho a la Villa y Corte, resultan de ineludible interés.

En Madrid entró con una continuación de *El diablo mundo* de Espronceda en el bolsillo. Pero el editor a quien se la ofreció le informó de estar ya escrita otra por Miguel de los Santos Álvarez⁴⁵. Junto a éste, el otro íntimo de Espronceda, era un comandante de infantería que había estado en la Guardia Real, Antonio Ros de Olano. Éste había prologado *El diablo mundo*. Muy andando el tiempo, en 1886, Alarcón le prologó sus poesías, ello tras una etapa de relación entre ambos de profunda huella que abordaremos enseguida. Junto a los dos hay que citar desde ahora al que llegó a ser su íntimo amigo Nicomedes Pastor Díaz, relevante también a la hora de pronunciarnos por su definición literaria, si es que éstas caben.

Estando en Madrid, Alarcón fue llamado al servicio militar como mozo de su quinta. Ello le determinó a volver a la ciudad natal y la casa paterna, donde sus padres hicieron el sacrificio de redimirle en metálico del mismo, tal y como entonces era posible y habitual entre gentes altas e incluso medias cual era el caso suyo. Este episodio inspiró su comedia *El hijo pródigo*, estrenada en el Teatro del Circo el día 5 de noviembre de 1857, a beneficio del actor Joaquín Arjona, y cuya mala acogida le hizo abandonar la escena definitivamente.

A este propósito hay que convenir en que las exigencias de este género obligan a tener en cuenta un conjunto de factores, aparte el mérito o sea las cualidades intrínsecas del texto sin más⁴⁶, para valorar el éxito o fracaso en él mismo. El ejemplo más sonado sería el de Cervantes. ¿Fracaso el suyo de fondo? ¿O meramente de forma, accidental queremos decir y no estilístico? El novelista José Luis Sampedro dice haber renunciado al teatro por su costumbre inexorable de acostarse temprano, incompatible con él mismo...

En todo caso, Baquero señala el interés de este primer anhelo teatral en Alarcón, a los efectos de caracterizarle como escritor sin más, como novelista en concreto cuando llegó el momento. Pues la escena española entonces estaba tan abrumadoramente dominada por los dramaturgos románticos, algo estimulado por éxitos tan clamorosos e insospechados como el de *El trovador*, que la atracción por ella lo era también por el romanticismo sin más.

Pero sobre todo, no nos olvidemos de que mientras tanto, Alarcón ya tenía escrito *El final de «Norma»*. ¿Por qué no le ofreció a aquel editor a la vez que la continuación de *El diablo mundo*? Quizás estaba ya convencido de tratarse de sólo una primera versión, o sea desde el principio, antes de que pusiera en Segovia, sin tardar por cierto mucho, manos a la obra de su revisión. Mas no podemos descartar alguna determinación relativa a la preferencia entre unos y otros géneros, en cuanto a su salida a la luz queremos decir, sin intentar penetrar en consideraciones más de fondo, como antes de terminar ratificaremos.

El 30 de junio de 1854 es la fecha de la Vicalvarada, la sublevación de O'Donnell en Vicálvaro. Alarcón se puso al frente de la misma en Granada, al mando durante tres días de las que se han llamado «turbas desenfrenadas». Fundando inmediatamente allí el periódico republicano *La Redención*. Naturalmente que su vida en la ciudad se hizo a partir de entonces difícil y comprometida. Aunque no hay que achacar a ello su traslado definitivo a Madrid para continuar por el mismo camino, como redactor de otra revista de la misma índole, *El Látigo*⁴⁷. Es revelador, aunque no se haya insistido en ello, el seudónimo con que en ella escribió, «El hijo pródigo». Pero la etapa granadina le dejó una huella indeleble, y tuvo incluso su prolongación concreta madrileña.

EN GRANADA TODO POSIBLE.

Entre aquellos años mediados del Ochocientos y los primeros de la centuria siguiente hubo algo de continuidad en la vida cotidiana y los ideales estéticos. La bastante creemos para que se nos dispense una cita reveladora de los prodigios de Granada, aunque pertenezca a la generación siguiente. Estamos pensando en la casa paterna de Emilio Herrera, un aviador militar granadino cuyo exilio tras la Guerra Civil interrumpió una carrera que habría podido ocupar un espacio junto a las cumbres de la astronáutica de tanto desarrollo inmediato. Baste el dato de que el primer hombre que pisó la Luna donó en su memoria un pedazo de roca de nuestro satélite hasta hace poco en el Museo del Aire de Madrid⁴⁸. No vamos a dar detalles de aquella casa, también de un militar, pues ésta era igualmente la condición del progenitor de Emilio, pero además un emporio de vida social y cultural que iba de los experimentos científicos a las representaciones teatrales, ello en un contacto inmediato con el exterior, ya se puede imaginar que a través de París.

Volviendo a los días alarconianos⁴⁹, por aquella Granada pasaron sin prisa singulares y notables personajes extranjeros, muy variados y de dispares procedencias y condiciones, aunque parece que atraídos todos por ese alhambrismo que llegó a ser un genuino género del arte coetáneo, parcela de la bastante sustantividad en el orientalismo en boga. Aquellos visitantes o incluso residentes estaban desde luego estrechamente relacionados con «La Cuerda Granadina» de que diremos enseguida⁵⁰, tanto que bastantes de sus noticias nos han llegado por uno de los socios de ésta, José de Castro y Serrano.

A uno de los tales, Glinka, remonta la valoración de nuestra música folklórica, a la par que la de su propio país y la húngara, a la cabeza de las del viejo continente. Una música cuyas manifestaciones granadinas fueron fuente de su ópera *La vida por el zar*. Por entonces vivía en el Carmen de Buenavista el barí-

tono veneciano Giorgio Ronconi. También estuvo Hübner, entonces recolectando las inscripciones latinas de la Península para su titánico *Corpus*. Y el barón Schack, a la busca de la literatura y el arte de al-Andalus.

Para la difusión de la Alhambra fue muy decisivo el arquitecto inglés Owen Jones. Otro ruso, Sorokin, deslumbró a la Academia de San Petersburgo con la reproducción de sus interiores. Mientras que su compatriota Mikailoff, aunque había sido enviado a nuestro país para copiar los cuadros que en él había de Rafael, tampoco se ahorró la visita a Granada. En 1852 llegó «Pablo el Ruso», que así llamaban al arquitecto y pintor Notbeck, encargado de reproducir el Alcázar de la Alhambra, lo que llevó a cabo en el taller de Rafael Contreras, el único posible para la empresa. El dato más significativo es que Contreras se dedicó, todo a lo largo del último tercio del siglo, a construir salones alhambristas en palacios y casinos europeos. Notbeck vivía en la Fonda de San Francisco. Que era la sede de «La Cuerda», aunque alguna vez se reuniera en el carmen de Ronconi.

La casa del músico Mariano Vázquez sirvió también ocasionalmente de sede a la sociedad. Vázquez fue en Madrid director del Teatro de la Zarzuela y de la Sociedad de Conciertos. Se recordaría mucho tiempo su estreno allí de la *Novena* de Beethoven. Arrieta prologó sus excelentes *Cartas a un amigo sobre la música en Alemania*, fruto de un viaje allí en compañía de Sarasate y el pianista Oto Goldschmidt. Y volvamos a acordarnos de *El final de «Norma»*, teniendo presente que en aquella Granada se estrenaban las obras del mismo Bellini, de Donizetti y de Verdi.

Aquel alhambrismo cuya buena fortuna se debió en parte al fenómeno genérico del predicamento del esmero en la obra bien hecha y el prestigio de los oficios tradicionales en los talleres donde pasaban del maestro al aprendiz. Salta a la vista que esas delicadezas arábigas se prestaban al lucimiento en aquel ámbito. Nos lo ha señalado nuestro compañero de la Academia de San Quirce de Segovia, el eminente ceramista Carlos Muñoz de Pablos.

A esta sociedad literaria aglutinante, «La Cuerda Granadina», se la ha criticado acerbamente⁵¹ sin más motivación que el desconocimiento de causa. Si bien hay que tener en cuenta, para valorarla, que no era ni un convento, ni una academia de preparación de oposiciones ni un senado de ancianos, y que los jóvenes que la integraban no habían renunciado a divertirse. Gallego Roca subraya fundamentalmente su “conciencia cívica de la tradición y el legado artísticos, su creación de un ámbito de inquietudes, centro de atención de la vida social granadina, de la crítica teatral a las recomendaciones en cuanto al gusto literario y musical, todo en sus manos, pasando por la sátira política”, pues “representaba en *El Liceo*, discutía o improvisaba en la *Academia de Ciencias y Literatura*, abastecía el teatro —en las representaciones privadas de sus propios

espectáculos y en el fomento de la actividad del teatro público—, dominaba en el periodismo y desde los documentos oficiales hasta las carocas de Corpus, todo era obra de su pluma o producto de su actividad”, como lo resume uno de sus miembros, Manuel del Palacio.

Además de éste y Alarcón, otro fue nada menos que Manuel Fernández y González, el príncipe de la novelística por entregas, y también podríamos decir que del anecdotario personal. Los hermanos Aureliano y Luis Fernández-Guerra y Orbe fueron editores de los clásicos, escribiendo además Luis dramas históricos, el signo de los tiempos que ya conocemos. El futuro ministro de Fomento, José de Castro y Orozco, escribió por su parte *Fray Luis de León o el siglo y el claustro*.

José Fernández Nieto dirigiría en Madrid el Museo del Arte Moderno. Catedráticos de árabe en la propia universidad granadina, de la cual Castro y Orozco llegó a rector, fueron el político José Moreno Nieto y Juan Facundo Riaño y Montero⁵². A éste se le llamó en «La Cuerda» «London», pues trabajó en la organización de la sección española de la hoy British Library, entonces perteneciente al British Museum, con su suegro Pascual de Gayangos, primero, y solo después. En la Alhambra se enfrentó al mundo tan fascinante como difícil de sus inscripciones. Consocios fueron igualmente otros dos catedráticos universitarios Fernández Giménez y Fernández y González, siendo alumno entonces de este último Francisco Giner de los Ríos, quien estimó siempre su magisterio aunque fue tremendamente crítico de los demás.

Volviendo a la exaltación musical de aquellos refinamientos, hemos de ponderarla sin olvidarnos de la seducción que la popular local ejerció en Glinka. Pío Baroja se atrevió a escribir que, aun reconociendo lo un tanto bárbaro de la predilección, caso de tener que optar entre la supervivencia de la música popular o la clásica optaría por la primera. No lo sabemos de Alarcón. Pero debemos detenernos en este pasaje de *La pródiga*:

*“Pronto comenzó a sonar a lo lejos gozoso y animado toque de guitarras, castañuelas y platillos, seguido de palmadas y coplas. Todo ello, armonizado por la distancia, y destacándose entre el rumor de la lluvia, formaba agradabilísimo concierto, cuya cadenciosa melodía, al par alegre y triste, recordaba los cantos árabes o las bíblicas pastorelas.”*⁵³

A continuación, no hay un cotejo con la música llamada culta, pero podemos tener un atisbo de la misma en este otro más genérico:

“Había además en aquel eco de remota zambra con que se festejaba el matrimonio de la rústica virgen y del fanático mancebo, algo de patriarcal y de sagrado, cuyo regocijo contrastaba agriamente con el tedio que en el nobiliario

salón sentían Guillermo y Julia... Sobre todo, el agudo y perpetuo retintín de los metálicos platillos parecía encargado de repetirles sarcásticamente verdad tan amarga [...].”

En fin, este ambiente plétórico en la capital de su provincia, ya ventana al mundo donde luego seguiría cultivando esa su sensibilidad regada profundamente por el manantial de las indelebles impresiones de su ciudad natal, nos hacen ver en el joven Pedro-Antonio un escritor ya consumadamente formado cuando se instaló definitivamente en Madrid y se dispuso a dar satisfacciones a su alma viajera. Unos caminos por los que ya no vamos a seguirle, sino en un solo episodio sugerente y llamativo.

CORRESPONSAL DE GUERRA.

Ya le hemos visto volver a la casa paterna para solicitar, a la vez que el perdón de su progenitor, la cantidad que le redimiría del servicio militar. Paradójicamente, cinco años después, en octubre de 1859, sentaba plaza de soldado en el batallón de cazadores de Ciudad-Rodrigo, con intención de tomar parte en la guerra de África. Lo cual hizo en la seguridad de que Ros de Olano, ya general, le agregaría a su Cuartel General como ordenanza.

Ros al hacerlo le dio permiso para tener caballo, burros y criado, vivir en su tienda personal y llevar cámara fotográfica y demás aditamentos. Los de un corresponsal de guerra. Aunque hay que puntualizar que nunca dejó de ser soldado en activo mientras duró la campaña. Pues a pesar de haber sido declarado exento de todo servicio, luego de herido en un pie, participó a caballo en la batalla de Los Castillejos, y en la acción de Guad-el-Jelú. Marqués de Guad-el-Jelú fue nombrado Ros de Olano por su comportamiento bélico. Después escribió *Episodios militares* y *Los desastres de la guerra*. Alarcón, el *Diario de un testigo de la guerra de África*.



Es el Perico Alarcón de *Aita Tetauen*, el episodio nacional galdosiano que tiene esa guerra por argumento, por cierto de una penetración en la mentalidad musulmana que a estas alturas sigue sorprendiéndonos, y habría que tener en cuenta a propósito de la alianza de civilizaciones o cualquier otra propuesta de solución a los problemas pendientes y candentes en el mundo.

Y lo que más nos interesa de este interludio en la vida del escritor es la posibilidad reveladora que tiene de lo más hondo de su mentalidad. Habiendo de tenerse el máximo cuidado de no extrapolar a aquel tiempo el nuestro. El suyo era el de las guerras coloniales. En el caso de la de Marruecos, podía latir alguna reminiscencia de la Reconquista, estimulada por la vecindad, ésta siempre conflictiva a lo largo de las costas mediterráneas. Que Alarcón participaba de esa mentalidad es evidente. De manera que no es casual que el Ejército Español instituyera un premio literario a su nombre y le mantuviera en los tiempos de culto patriótico aparentemente más exigente e intenso, pues a los efectos de esta valoración es la tal superficie lo que nos interesa y cuenta.

Es curioso sin embargo que el mismo Galdós, en su semblanza llena de simpatía, subraya ciertos rasgos morunos en el cronista guadijeño, el del “pelo entreverado, cejas castañas, ojos negros y barba poblada” de su «Hoja de servicios». Lo cierto es que en él, pese al catolicismo acendrado de su vida posterior a la llamada «conversión», había alguna debilidad hacia el abolengo morisco de su tierra. La preferencia que confesó por el fanatismo musulmán sobre el ateísmo coetáneo, la hemos oído nosotros aquí y ahora en algún caso gemelo, ante una situación que, por muy cambiados que estén los tiempos, no deja de reproducir algunos paralelos. Se nos viene a las mientes la exclamación de Fernando Villalón: “Islas del Guadalquivir, donde se fueron los moros que no se quisieron ir”. Pues es evidente que de los antepasados estamos hechos. Se trata de una realidad a la vista de cada uno. Pero, ¿acaso no también de la tierra del nacimiento y el origen, aunque no sea de ellos? De una manera misteriosa, pero cuyo vigor explica estas contradicciones de las que acopiar ejemplos sería demasiado fácil. Por eso quienes incurrían en ellas no se sienten en la necesidad de justificarse.

Su soneto *Un morisco de ahora*, es el retrato del “último almohade” en Madrid. No le titula autorretrato, como sin embargo hizo sin ambages Manuel Machado, al cual por cierto nos recuerda de cerca aunque no en la forma. Pero “con la bufanda (recuerdo del turbante) en el estío”, ¿no nos podemos imaginar a él mismo? Y “ajeno su magnánimo desvío / del siglo a la ruidosa propaganda”, ¿sería su ideal profundo, por mucho tiempo soterrado bajo de un activismo de causación compleja, y por cierto coincidente con la visión que Galdós tenía de las gentes de la otra orilla? ¿Satisfecho al fin en los últimos años de retiro en su casa de Valdemoro, ajeno incluso a las novedades que hubieran podido ser y no fueron de su propia creación literaria?

En la *Carta morisca*, contestación a otra de Campoamor, Selgas, Fernández Grilo, Eusebio Blasco y otros, hay una nostalgia nítida: “Bajo la lona del toldo / que fresco mantiene el patio / recordándome las tiendas / de los valles africanos”. ¿Y su calificación de *tesoro* a *El cuento moro* que le contó Benzú en Guadel-Jelú y él puso en verso para una “hurí de cabellos de oro” deseosa de saber lo que estaba pasando al otro lado del Estrecho?

Pero nada tan significativo como su poema *Al poeta marroquí Chorby*, quien le había preguntado por su identidad, a tiempo que le desvelaba la suya, transferido a su país de adopción desde el de esos sus ascendientes que “en el suelo hispano / alzaron a su Dios y a sus mujeres / de la Alhambra el alcázar sobrehumano”. A esa otra orilla, Chorby se sentía extranjero y peregrino, anhelante de otra reconquista que le permitiera el retorno: “Y me anuncia que al cielo granadino / volverán otra vez las lunas moras”. A lo cual, el guadijeño le replica no saber ya quién es él mismo, confesando haber “soñado con su raza en suelo hispano”, y entonces, al estar en 1860 en Tetuán, piensa que era lo mismo que su interlocutor, en España peregrino como aquél extranjero en el África. Para concluir, con una audacia que nos sigue sobrecogiendo: “Y hoy, huésped de la casa donde moras, pienso mirar el cielo granadino, coronado otra vez de lunas moras”. Una ambivalencia que en el escritor y el hombre de Guadix tuvo otras manifestaciones.

LAS FRONTERAS DE NUESTRO GUADIJEÑO.

De la vida de este novelista, se ha dicho haber tenido bastante de novelesco. Bastaría con esta etapa africana. Evoquemos también su duelo con el periodista venezolano Heriberto García de Quevedo —*El León Español* contra *El látigo*—, habiéndose atribuido su «conversión» a la generosidad con que su adversario le hizo en el lance merced de la vida. Alarcón fue diputado de la Unión Liberal. No llega a novelesco eso. Pero sí se sale de lo común que de sus andanzas de propaganda electoral le saliera el libro de viajes *La Alpujarra*.

Mientras que no todos los inventores de tramas extraordinarias han contado en sus vidas con trances parejos. Los ha habido que las han echado a volar todas en las soledades de un cuarto de estar anodino, entre los episodios de un día igual a otro, y entre todos integrantes de una de tantas vidas grises.

Pero de esta dicotomía convergente no vamos a decir nada. Como tampoco de esas sus oscilaciones literarias en los primeros años entre la escena y la novela, y menos de su cultivo aceptable que acabamos de ver de la poesía, tanto sería como humorística. Aunque nos parece evidente que la imaginación

desbordada de nuestro guadijeño le hubo de hacer sentirse a su albedrío feliz cultivando la novela, sin la coerción que el acoplamiento a la escena implica para el teatro. En cuanto a la poesía nos parece no llegaría nunca a reivindicar en su intimidad primacía ninguna.

¿Y si pensáramos en la música? ¿La sugestión que sobre Alarcón ejerció, llegaría a ser una añadidura mortificante a la insatisfacción latente que a todo creador le suscita la consumación nunca a su entera satisfacción de los anhelos en la obra concluida? Con *El final de «Norma»* nos bastaría.

A este propósito se han señalado en él influencias concretas, como la del escritor «afrancesado» —así le llama Alarcón mismo— Agustín Bonnat, y las del llamado estilo Karr.

En 1863 Ros de Olano publicó *El doctor Lañuela*, una novela “rara y enigmática que no se llegó a descifrar”⁵⁴, dicen sin rodeos Hurtado y González Palencia en su *Historia de la literatura española*⁵⁵. Recordamos haber disfrutado de ella en aquella biblioteca del Ayuntamiento de Sepúlveda. Soberbio su ejemplar encuadernado en piel negra cuarteada con inmaculadas guardas de moaré blanco, el profuso escudo del Marqués de Guad-el-Jelú estampado en oro. De recio hilo el papel, diríamos que desdeñosos los caracteres de imprenta. El arcediano de Sepúlveda es uno de sus personajes. No encontramos a la elección geográfica otra explicación que alguna relación con la familia condal sepulvedana poseedora del libro.

Lo innegable es la densidad musical de esta novela misteriosa, la técnica musical de las variaciones⁵⁶, como las que dedica al motivo del beso. Mientras que en Alarcón, Baquero ve una configuración musical similar, aunque más ordenada, “que quizás no sea ajena a las pretensiones románticas del grupo”.

Pero esta frontera entre literatura y música nos llevaría a lo insondable. A lo que también nos parece pertenecer la motivación verdadera del silencio literario de los últimos años alarconianos. *Secretum meum mihi*. Lo cual no consignamos aquí como una retirada respetuosa ante una cámara inviolable del personaje. Ninguna debe ser inaccesible para el estudioso de una biografía y una obra⁵⁷. Mas no se le puede exigir que llegue a un conocimiento más profundo que el que el propio sujeto estudiado tuvo en vida, o el que al propio curioso le resulta posible.

Otra frontera de Alarcón es la que separa el tradicionalismo del progresismo. En cuanto a su conversión, se le ha llegado a tildar de doblez y falsía. Nosotros queremos apuntar únicamente la sugerencia de una distinción entre ideología y mentalidad. Ésta es un estadio más hondo, a veces permanente,

en contraste con las variaciones, aparentes o reales, de aquélla. En el romanticismo se dio un ala tradicionalista⁵⁸, su génesis en la sugestión medieval de las catedrales, los monasterios y los caballeros protagonistas de los cantares de gesta, y otra progresista, la generosidad de una cierta transformación del mundo anhelada desde un irracionalismo revolucionario. Víctor Hugo pertenecería a la última. A pesar de lo cual las escenas conventuales de *Los miserables* han podido ser reivindicadas cual las mejores del argumento por el oblato benedictino Joris-Karl Huysmans. En cuanto a Alarcón, habiendo leído su exaltación de la liturgia pontifical de su infancia, hemos de convenir en su incapacidad para romper con ese legado como entonces venía a resultar preciso al menos en ciertos ambientes para encuadrarse en las posturas intransigentemente adversarias⁵⁹. ¿No se habría quedado en la mera ideología la etapa de su entrega a ésta?

Una frontera más aún, y literariamente la más enjundiosa, entre el romanticismo y el realismo. Del alma romántica de Alarcón no nos parece posible dudar. Pero tampoco de la energía realista de sus novelas. Así las cosas, el dilema nos parece podría resolverse catalogándole como un romántico sin timideces ante la realidad. Entregado al romanticismo desde el conocimiento de ella, y no en el movedizo terreno de la huida de la misma⁶⁰. Lo cual en cierto sentido le haría paradójicamente más realista que algunos cultivadores de la novela naturalista que no veían en la realidad ese romanticismo que también hace parte de ella, aunque no de todos sus aspectos. Y vamos a concluir con una vuelta a la frontera geográfica, la divisoria del Norte y el Sur.

LAS NOVELAS CORTAS SEPTENTRIONALES.

Tanto *El año en Spitzberg* como *Los ojos negros* están fechadas en el Guadix natal, pero a veintiún años de distancia, aquélla en 1852, ésta titulada *Historia escandinava imaginada por un andaluz* en 1883.

El año en Spitzberg es el relato del tal tiempo transcurrido allá en una soledad absoluta por un condenado ruso a quien se le abandona a su suerte, y que se salva por la casualidad del paso de un buque ballenero, el «Grande Esberrer».

Los ojos negros la historia de desenlace integralmente destructor de una pretendida venganza por celos que un *jarl* escandinavo, Magno, intenta tomar de un noble español, Alonso de Haro, aquél habitante de la isla de Lopen, “más allá del Círculo Polar Ártico, en los confines de la Laponia, cerca de Hammesfret, último punto habitable del continente europeo”.

No podemos esperar de las descripciones geográficas mucha más precisión que las vistas en *El final de «Norma»*. Ambición sí. Pues es de la aurora boreal una de las pretendidas. Acabo de oírle a un piloto jubilado que su genuino espectáculo, que él tuvo la suerte de ver, es rarísimo, tanto que no se ha llegado a fotografiar. Por su parte así lo hace el escritor andaluz: “El Septentrión se inflama con mil luces y colores, una llamarada de oro y fuego inunda el espacio ilimitado, las soledades se incendian, los monolitos de hielo brillan con todos los matices del arco iris. Cada carámbano es una columna de topacio, cada estalagmita una lluvia de zafiros. Rásgase la penumbra, y descúbrense océanos de claridad”. Apostillando la adivinación del Polo, y la ilusión de vislumbrar “el eje misterioso de la tierra”⁶¹.

Notemos la constante de la sugestión septentrional, desde la adolescencia, en el pueblo natal antes de viajar, en la capital de su madurez después de bastantes viajes, aunque ninguno a aquellas latitudes. El Gobierno Revolucionario de 1868 le nombró ministro plenipotenciario en el reino entonces unificado de Suecia y Noruega, pero no llegó a tomar posesión, quedándose en la Villa y Corte como diputado por la circunscripción de Guadix, con lo cual sería Ganivet el único granadino allá fecundo. Un episodio también necesitado de aclaración. Lo cierto era que, en cuanto a su inspiración literaria, Alarcón, como es lo común, había cambiado poco. Por eso es tanto más extraña su renuncia a una ocasión tan rara, genuino premio gordo, cual la de aquel privilegiado puesto.

También aparece en esos nuevos escenarios nórdicos la constante musical, tan prodigada en estos mismos parajes en *El final de «Norma»*. En este caso en una veste terrorífica, hecha por el personaje vengador de *Los ojos negros*:

“Habían pasado otras quince noches. Magno de Kimi pidió su arpa escandinava y cantó el siguiente romance a su aterrada esposa [...] Magno pulsó de nuevo el arpa y prosiguió su romance [...] Y, riéndose con satánica furia, cantó de este modo [...]”.

Si empezaba dando gracias, ¿qué no habría de hacer ahora, cuando además he de extenderlas a la paciencia con que se me ha escuchado unas divagaciones acaso siempre demasiado personales y es posible que en algún caso hasta impertinentes?

Mi descubrimiento de Alarcón que os he relatado fue solitario, de un niño entregado ya a la magia de los libros. Ahora le estoy evocando entre sus paisanos y en su ciudad. Bajo un techado hospitalario donde sopla el espíritu. Aquel otro, al aire libre, en la huerta de los abuelos, donde había frambuesa, grosella y

limoncillos⁶² y daba tórrido el sol de las primeras horas vespertinas del verano. Era la huerta de los abuelos, pero los abuelos ya no estaban. Ahora tampoco está la huerta. Entonces cada una era una alfombra. Ahora sólo algunos pedazos se cultivan sin esmero ni ahínco, pasando desapercibidos e incapaces de lucimiento en el seno de la tierra abandonada. Pero recordarlo aquí en vuestra compañía es la consolación suprema engendrada por la esperanza en la perennidad de la novela.

Con el convencimiento pues de llevar siempre en mi corazón la pasión con que estoy viviendo esta jornada de pleno disfrute de la hospitalidad de esta ciudad episcopal, a la que tanto y desde hace tanto tiempo he evocado a menudo de lejos, quiero terminar con una afirmación de fe. La de que Andalucía⁶³, España y el mundo, están hoy aún más necesitados que en su propia época de la imaginación y el romanticismo de Pedro Antonio de Alarcón. Para mí, en el crepúsculo tan seductor como al descubrirle en el alba, sin merma alguna el hechizo del colofón de *El amigo de la muerte*:

“En cuanto a Gil y Elena, aquella tarde entraron en la Tierra de Promisión, cogidos de la mano, libres para siempre de duelo y penitencia, salvos y redimidos, reconciliados con Dios, partícipes de su bienaventuranza y herederos de su gloria, ni más ni menos que el resto de los justos y los purificados⁶⁴. Por lo demás, yo puedo terminar mi cuento del mismo modo que terminan todas las viejas los suyos, diciendo que fui, vine y no me dieron nada.”

Por eso ahora, en un ambiente más liberal y con más medios técnicos, sería bueno recoger la sugerencia de don Ángel Valbuena llevando *El final de «Norma»* a la pantalla. Al “bajarse y encenderse las arañas de vidrio de un salón isabelino”.

NOTAS

1. Conferencia de clausura del curso 2005-2006 del Centro de Estudios «Pedro Suárez», pronunciada en el Salón de Actos del Palacio Episcopal de Guadix, el 1º de julio de 2006.
2. De los caminos entre el Betis y el Duratón traté yo en un programa de fiestas de Sepúlveda.
3. Cuadernito autógrafo, citado por Luis Martínez Kleiser, en *Don Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida*, librito publicado en 1942, y reproducido al frente de la edición de las *Obras Completas* de la editorial Fax (3ª ed., 1968), donde además del estudio de Martínez Kleiser está el de Mariano Catalina. Nosotros hemos manejado la de los Clásicos Castro de las *Obras literarias* (Madrid, 2004) al cuidado de Carlos Clavería y José García López.

4. “Pero le tendrá”, le oí yo apostillar en una presentación. Tampoco la empresa de autobuses «La Sepulvedana» tiene servicio a Sepúlveda. A pesar de ello, Pereira ha declarado que su próximo cuento tratará de un viaje a este lugar que en «La Sepulvedana» hizo, descubriendo que allí se aparece, por la noche, en alguna mansión, Robert Louis Stevenson.
5. El panorama a que me estoy refiriendo es el anterior al franquismo. La barbarie concordataria de 1953 casi lo destruyó.
6. Aunque últimamente ha tenido algún cardenal al frente de sus destinos, es una diócesis muy moderna, de los tiempos de la nunciatura alemana del futuro Pío XII. Antes era territorio de Breslau, hoy en Polonia y llamado Wroclaw.
7. Inacabable pese a la aritmética. Recordamos la afirmación de Balzac de caber todo en París y no tener límites su plano.
8. Vid. LINAGE CONDE, Antonio. «Las fronteras entre orientales y occidentales. En memoria de don Francisco Aguirre». En AA.VV. *Iglesias y fronteras. V Jornadas de Historia en la Abadía*. Jaén: Diputación, 2005, pp. 345-72.
9. Una alusión a la familiaridad de éstas con la mitra, en *El niño de la bola*: “Tal vez el obispo y el juez de primera instancia adivinaban la verdad” (III, 3, *De lo que aquella noche pensaron y dijeron los habitantes de la ciudad*).
10. Citamos *De Madrid a Nápoles*, pero de la introducción de Mariano Baquero Goyanes a *El Escándalo* en «Clásicos Castellanos» (1973), pp. ix-x.
11. No vamos a ocuparnos aquí de la religiosidad popular. Leemos en *El niño de la bola*: “¡Allí estaba, en sus andas de plata y oro; sobre un altar improvisado en el testero principal del aposento; vestido de riquísimo tisú; alumbrado por muchas velas, y guarnecido de hermosos ramos de flores naturales. Servíale de dosel el estandarte de la Hermandad, colgado del techo y, por último, en medio de la sala, sobre un velador, veíase en dorada bandeja un papel arrollado a modo de diploma y atado con cintas de colores” (IV, 4, *Los niños y los viejos*).
12. “Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba, a la manera que los fulgores de la gloria brillan ante los ojos de los extáticos”.
13. La patrona sale allí en procesión rarísima vez. Recién vuelto yo fue una de ellas, en acción de gracias por la terminación de la Guerra. Asistió el Obispo, precisamente muy magnificante, don Luciano Pérez Platero. Recuerdo el detalle de un seminarista arrodillado sosteniéndole el libro litúrgico, el *Pontifical*, sobre su cabeza. Para mí fue todo una policromía anunciadora de mundos más allá. Como la catedral de Guadix para Alarcón.
14. “Otro terno de terciopelo encarnado, la casulla con cenefa bordada muy rica y guarnecida de flueco de seda y oro fino, estola y manípulo correspondientes. Y las dalmáticas asimismo de terciopelo liso, con los faldones, mangas y collares de terciopelo labrado, guarnecidas de galón de oro falso, flueco y cordones de seda, estolas y manípulos correspondientes. Y paño de facistol de damasco carmesí, guarnecido

- del mismo galón” [Archivo de la Parroquia de Santiago de Sepúlveda. *Inventario de bienes muebles* (1723)].
15. “Hacer los pabellones de tafetán morado y negro para la iglesia”.
 16. Enjuiciando la excomunión decimonónica, el historiador premonstratense Norbert Backmund, reconoce que desde el punto de vista interno, o sea el estrictamente monacal, tuvo una función, un resultado purificadores.
 17. En *El niño de la bola*: “[...] cuyo circunspecto semblante expresaba un amor que no retrocedía ante la muerte, pero que sería humilde esclavo del menor de los caprichos de su dulce dueño... (*Improbe amor! Quid non mortalia pectora cogit?*)” (III, 4, *Dos retratos por vía de entremés*).
 18. ÁLVARO, Carlos. «Memoria de un republicano rebelde»: *El Norte de Castilla* (Segovia, 16 de abril de 2006).
 19. Núm. 112 (año III), 25 de febrero de 1918. Se anuncia el tercer número de la revista femenina *Friné*, con un extenso sumario, cada uno de cuyos apartados se prestaría a una disertación. Tales “importancia de la educación doméstica; Arte de hacerse amar de la familia, de los extraños; La gracia y la coquetería en el trato familiar; Condiciones morales que necesita una mujer para ser amada en la familia; La bondad, la sencillez, la espiritualidad”. En la contraportada había una semblanza literaria escrita por Cristóbal de Castro. Éste llamaba la atención hacia la popularidad alarconiana y su permanente éxito en el mercado. Y se preguntaba y respondía: “¿Qué secreto tienen sus obras para conservar la juventud garrida? El secreto de Dickens y de Balzac, de Mauricio Jokai y de nuestro Galdós: la amenidad y los caracteres [...] aquellas singulares dotes de imaginación ardiente y notable poder de plasticismo”. Todo un estilo y un síntoma de los tiempos el anuncio a toda plana de la contraportada: “El perro y la lámpara Osram son los más fieles amigos del hombre. Aquél es el guardián de la casa. La lámpara Osram es la celosa administradora del consumo eléctrico y la alegría sana del hogar. Todo el mundo lo dice: la lámpara Osram no alumbra, deslumbra”.
 20. A la vez, un relato cuya melancolía ya me penetró, pese a mis pocos años, *La nochebuena del poeta*, en una revista interesante *La Ilustración Moderna*: “La nochebuena se viene, / la nochebuena se va, / y nosotros nos iremos / y no volveremos más”. ¡Cómo la literatura aprieta los recuerdos!
 21. Creo mejor esta traducción que la del ejemplar de mi lectura, *La botella diabólica*. El original es *The Bottle Imp*.
 22. A propósito de la difusión de Alarcón entonces. En mi pueblo oí de un eclesiástico que decía en el púlpito y el confesionario que “novelas, no verlas”. Pero un cardenal, el arzobispo de Westminster, Wiseman, era el autor de una, *Fabiola*. En Segovia se imitó en una titulada *Edeessa*. Había pues que sobrentender en aquella condena una especificación tácita. De otro cura paisano sé que prestaba *El escándalo*. En el colegio claretiano de Aranda de Duero nos daban a leer *La novela de un misionero*. El autor se llamaba Sageomme. No he vuelto a tener noticia de él ni del libro.
 23. Con él colaboró en el guión Eduardo Marquina.
 24. Fue publicado cuando tenía 17 ó 18 años de edad.

25. Fuera de su ciudad, Alarcón llegó a ser injusto con Madrid, al escribir de él despectivamente por mor de compararle con ésta. Y es que no debemos confundir el deseo de ver otras tierras con el desamor a la propia. Al contrario, conocer otras patrias y otros climas es necesario para potenciar más el amor a los de uno. De ahí la nostalgia de las almas viajeras. No entramos en el sentimiento de la nostalgia misma como un placer que se busca de propósito y que entra en la afección a la tierra nativa, la saudade hija de ésta también cuando se busca de propósito. Tengamos en cuenta que la nostalgia es agridulce. Era una costumbre en los pazos gallegos cerrar las ventanas y encender las velas en las tardes más largas de verano. Ahora hay una cierta moda de las comidas con velas. ¿También por disfrutar de la nostalgia de la luz? Recuerdo de una religiosa inglesa, con la que una vez correspondí a propósito de la obra del dominico Arintero, la cual, en el África Central, me escribió que la nostalgia de su país hacía parte de la inmolación de su vida consagrada.
26. “El inglés Parry habitó cabañas de nieve en el Norte de América a los setenta y tres grados”, leemos en *El año en Spitzberg*. Y en *El amigo de la muerte*: “Una escalera de caracol, tallada en la misma congelada materia, condújole por retorcida espiral hasta un vasto salón cuadrado, sin muebles ni adorno alguno, todo de hielo también, que recordaba las grandes minas de sal de Polonia o las estancias de mármol de los baños de Ispahán y de Medina”. En otro pasaje de *El año en Spitzberg* le adivinamos una complacencia cartográfica: “Mil quinientas millas al Occidente se halla la Groenlandia, continente de hielo que enlaza dos mundos. Al norte... ¡no hay más que el Polo! El Océano Atlántico se dilata por el sur. Allá está el continente europeo, con su perdurable primavera. Luego el África, ¡la patria del sol! Después las zonas antárticas, gozando ahora los favores del estío”. Regresemos a *El final de «Norma»*: “Quiero que cuando veáis a ese pájaro llegar del norte, exclaméis: ‘¡Brunilda!’, como yo cuando vea llegar una nave por el mediodía diré: ‘¡Serafín!’”.
27. También podría considerarse la abundancia de citas en lenguas extranjeras.
28. En *La pródiga*: “La muchacha [...] le preguntó, a propósito de la forma de un salero, si había estado en Munich y Dresde; de la contestación resultó que donde Guillermo había estado era en Florencia y Roma; no conocía ella ni a Roma ni a Florencia, como no conocía él a Dresde ni a Munich [...]” (II, 6, *Pura*).
29. En *La pródiga*: “Todos la creían muerta hacía algunos años: según la versión general, en Oriente y por suicidio, dentro de un camarín lleno de flores, en los brazos de un arrogantisimo esclavo negro; según otros, en el hospital de pobres de Copenhague, en la mayor miseria, y según versión muy reciente, batallando, vestida de hombre, contra los rusos, en no sé qué lugar del Cáucaso” (II, 8, *Un diplomático*); “¡En lugar de ocultar sus amantes (y aquí me permito la generosidad de suponer que las demás los ocultan enteramente) ha viajado con ellos por mar y tierra, los ha exhibido en los teatros de París, en los hipódromos de Londres, en los museos de Florencia, en los lagos suizos, en las mezquitas de Constantinopla y en los Santos Lugares de Jerusalén!...” (II, 9 *La verdadera historia de Julia*); y “En la capital de esta provincia, que es donde yo he oído referir tales historias, cuentan que doña Julia tuvo relaciones con un lord inglés, capitán de fragata, a quien siguió a la India, donde el pobre hom-

bre murió en desafío a manos de un barón alemán (por celos, seguramente); que luego se enamoró en Turquía de un príncipe moro, o griego, del cual se desprendió en Londres para irse a Rusia detrás de un cantante italiano muy famoso” (I, 2, *Una gran electora*).

30. “Norma, la impura sacerdotisa, va a matar a sus hijos para borrar las huellas de su sacrilego amor. [...] Pero cuando el corazón de la madre respondió al grito de la naturaleza, que le hablaba con los suspiros de sus hijos, cuando la garganta de aquella mujer moduló el divino acento de amor a los pedazos de su alma, y de horror al crimen que había concebido [...]” (I, 7, *El final de «Norma»*).
31. Sin embargo, ahora se está exaltando el papel que al azar concede Paul Auster en sus tramas.
32. Pero en cambio ese pretendido anclaje en la realidad, aunque no esté acabadamente logrado, priva de justificación a las críticas que se le han hecho, de carecer del fundamento científico que en sus novelas ponía Julio Verne. Pues para una travesía marítima entre Sevilla y Escandinavia contaba con recursos la ciencia de la época, sin precisar apostillas imaginativas de los novelistas.
33. Pero no nos olvidemos de que las descripciones de Alarcón no pretendieron ser equivalentes a las de Blasco Ibáñez o Pereda, pongamos por ejemplo. Sin mencionar al escritor valenciano, Azorín cita extensamente en *La voluntad* la descripción de la huerta de Alcira que hay en *Entre naranjos*, como lo más alejado que cabía de su propio estilo. En el mismo tono recuerdo yo haber oído a Alonso Zamora Vicente comentar otra pareja del montañés.
34. 246 (año V); 4 de septiembre de 1920. Dedicado a anuncios el anverso de la contraportada, fuente de la historia desde luego. Copiamos éste: “Fíjese, señora. El cabello blanco envejece; ¿para qué parecer viejos? Usad *La Flor de Oro* y tendréis el cabello negro, lustroso y abundante. Esta tintura no contiene nitrato de plata. Se vende en las perfumerías y droguerías”. En Alcalá 23 se anuncia la Fotografía Biedma. La contraportada ha sacrificado la publicidad a la heráldica.
35. En aquellos tiempos de mi descubrimiento de Alarcón, vivían viejas lectoras de este género que se sabían algunos versos intercalados y recordaban algunas frases y pasajes. Yo leí cuatro gruesos volúmenes de Ortega y Frías, *La política y sus misterios o el libro de Satanás*. Me cautivó, lo reconozco. Muchos años después, no hace ahora tantos, en un programa de radio para las gentes mayores, *El club de la vida*, un oyente confesaba haberle ocurrido lo mismo y pedía ponerse en contacto con los que hubieran tenido la misma experiencia. Lamentablemente dejé pasar la ocasión.
36. VALBUENA PRAT, Ángel. *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, v. 3. Barcelona: Gustavo Gili, 1960⁶, p. 296.
37. “Podemos imaginar la estampa de época, cuando se bajan y encienden las arañas de vidrio de un salón isabelino”.
38. FERNÁNDEZ MONTESINOS, José. *Pedro Antonio de Alarcón*. Zaragoza: Librería General, 1955; SORIA ORTEGA, Andrés. «Ensayo sobre Pedro Antonio de Alarcón y su estilo»: *Boletín de la Real Academia Española*, 31 (Madrid, 1951), pp. 45-92 y 461-500; 32 (Madrid, 1952), pp. 119-145.

39. Sigue la noticia, ya mucho más concreta, de ser de familia numerosa, “de un procurador no tan rico en bienes de fortuna como en herederos de su limpia fama”, y falta de medios para costearle carrera universitaria.
40. Junto al de la lengua materna. La disciplina en vigor incluía el estudio de las lenguas, en especial la latina y la patria, y citamos su formulación en el Código Canónico de Benedicto XV.
41. El Derecho Canónico exigía que los ordenados celebrasen misa varias veces al año. Pero en la práctica era raro que se abstuvieran de hacerlo algún día.
42. Las citas latinas espontáneas, otro elemento caracterizador, un síntoma. Tanto en la literatura como en la vida, donde yo llegué a conocerlas.
43. Por lo cual él las anota en su edición de esta novela.
44. No sabemos si se conserva la colección de la revista. Parece que los escritos de Alarcón se publicaron luego modificados en revistas madrileñas, no es posible precisar si todos.
45. El autor de *María y La protección de un sastre*.
46. A este propósito conviene tener en cuenta que las piezas teatrales también son libros. Y que esta existencia libraria puede tener su autonomía. Aunque ahora apenas resulte visible. Oímos su reivindicación a Antonio Buero Vallejo, precisamente inaugurando un curso de verano en el claustro catedralicio de otra ciudad episcopal, Sigüenza. Aquel generoso dilucio que decíamos de la novela corta se extendió al teatro en paridad: «La Novela Teatral», «La Novela Cómica», «La Farsa». Fijémonos en el título de la primera, susceptible de un desarrollo amplísimo,
47. De corta vida, entre fines de 1854 y el año siguiente.
48. El erudito comandante Juan Manuel Riesgo informó no hace mucho de su desaparición. Ignoramos si se ha encontrado o recuperado.
49. Cfr. ALBORG, Juan Luis. *Historia de la literatura española*, v. 5. Madrid: Gredos, 1996, pp. 480-588.
50. GALLEGO ROCA, Miguel. «*La Cuerda Granadina*». *Una sociedad literaria del postromanticismo*. Granada: Comares, 1991.
51. En cambio fue valorada por la Pardo Bazán.
52. Esa vertiente arabista ha sido estudiada por Cristina Viñes Millet.
53. V,9, *Con música*.
54. Baquero nota el parentesco de esta literatura caprichosa con la que tan característica es de *El diablo mundo*.
55. No hemos visto su otra novela *El diablo las carga*.
56. Baquero señala haberla empleado Alarcón en ciertos artículos también a lo Karr, como *El pañuelo*.
57. Recordamos haber asistido a una mesa redonda sobre María Zambrano. En el coloquio alguien preguntó por el matrimonio de ésta. La especialista que le contestó dijo que, no habiendo ella dicho nunca nada acerca de él, tampoco era el caso de hacerlo sus estudiosos. Ello quería decir, o que tal investigadora no lo era de la Zambrano, sino de lo que ésta había querido decir y dicho de ella misma o, lo cual sería aún más grave, que para su investigación aceptaba la censura póstuma de la persona estudiada.

58. Fijémonos en su amigo Pastor Díaz: “Tememos, sobre todo, a la revolución, porque en la existencia política, como en la vida moral, lo presente es lo fugaz, lo transitorio; el porvenir es lo permanente; las reacciones, lo más durable” (PASTOR DÍAZ, Nicomedes. «Diez años de controversia parlamentaria». En PASTOR DÍAZ, Nicomedes. *Obras Completas*, v. 2. Madrid: Atlas, 1969, p. 350).
59. En la Sepúlveda de la Segunda República, la minoría radical socialista, a la que antes citábamos, propuso en varias sesiones municipales, la prohibición del toque de campanas. No es necesario hacer comentario alguno en el orden de cosas de que venimos diciendo.
60. Sería interesante un cotejo de las novelas de Alarcón con *De Villahermosa a la China*, de Pastor Díaz. Por ejemplo: “Cuando decía estas palabras, no era Javier el que lloraba. Era Enrique quien besaba con lágrimas la mano de su amigo, estrechándola con un movimiento de adoración, que le embargaba la palabra. La mirada de Javier elevábase al cielo, serena y majestuosa, en la actitud de aquellas almas bienaventuradas que pintaba Ribera volando a la gloria. En aquel momento, como si las palabras, conducidas por un espíritu misterioso, hubieran llevado hasta el corazón de Irene el sentimiento que las inspiraba, alzábase de nuevo en la celda el himno elogioso de la noche” (PASTOR DÍAZ, Nicomedes. *Obras Completas*, v. 3. Madrid: Atlas, 1969, p. 175). Y teorizando, al prologar a Zorrilla: “Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía a la que le arrastraba su siglo, era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganización y de duda, como debe serlo el egoísmo que nos disuelve y el escepticismo que nos hiela, y parandose en su carrera, y apartándose de la boca del Tártaro adonde caminaba, subiéndose a un puesto más avanzado y más digno de su misión, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada, como Dios la creó para servir de teatro a la luz y la inteligencia del hombre [...]” (*Ibidem*, v. 1, p. 111).
61. En *El amigo de la muerte* leemos: “Y era que nuestro héroe sentía lo que no ha sentido ningún otro hombre: ¡el doble movimiento de la tierra alrededor del sol y en torno de su propio eje!”.
62. Una variedad de grosella gigante. La nomenclatura es local.
63. Cristóbal de Castro escribió también en su semblanza que Alarcón “lleva su ingenio lírico y su andalucismo fino, hiperbólico, pujante al periódico, al libro y a la escena”.
64. Notemos que la fantasía del novelista no se detiene ante las fronteras de la teología. Como Zorrilla al acabar *Don Juan Tenorio*.